

MARGARITA LÓPEZ MAYA

ABORDANDO LOS CAMBIOS POLÍTICOS y la significación que pueden tener, es necesario reflexionar sobre lo que ha sido el desplazamiento de las viejas elites políticas y empresariales en Venezuela. Sin el factor militar, no se podría entender la sobrevivencia del gobierno de Chávez. La incorporación dentro de las agendas de la izquierda del sector militar hace al caso de Chávez un caso particular. El sector militar tenemos que discutirlo en estos cambios, como una realidad, aunque quizá el caso de Venezuela sea un caso sui géneris. Y el otro tema de análisis es la difícil relación entre movimientos sociales-partidos políticos-movimientos populares.

En Venezuela cuando se habla de “la sociedad civil”, nos referimos estrictamente a los movimientos sociales de las clases medias y altas; los sectores populares no se sienten identificados con ese término y lo rechazan. Por otra parte “la sociedad civil” se ha convertido en Venezuela en un término que representa lo que fueron los viejos movimientos sociales de los ochenta que se transformaron en movimientos muy conservadores y de defensa del statu quo previo a Chávez, que se aliaron con las fuerzas empresariales, la tecnocracia petrolera, los medios de comunicación privados en el golpe de Estado y en la parálisis de la industria petrolera.

El caso venezolano es uno de los más ilustrativos de las dificultades de los movimientos sociales –en países del Tercer Mundo al menos– para representar o mediar más allá de los intereses de los sectores que ya tienen derechos adquiridos y menos con aquellos sectores que están buscando el cambio. Realicé esta observación en un foro internacional en los Estados Unidos, y cuando se presentó el caso de la India, se hizo alusión a que se repetía el mismo proceso. O sea que esos famosos “movimientos sociales” eran movimientos sociales de las clases medias y altas de las sociedades como la hindú, sociedades muy jerarquizadas socialmente, y que tendían al modelo de la modernidad y de la eficiencia y al discurso más bien liberal o neoliberal, en este caso también, y que tendían a ver a los sectores populares como no ciudadanos, o por lo menos en el caso venezolano, como turbas u hordas.

Sería interesante realizar un estudio comparativo de esos movimientos sociales en varios países del Tercer Mundo para revelar cómo en momentos determinados esto, que parecía que iba a traer la profundización de la democracia para los países nuestros, terminó teniendo una reacción autoritaria o antidemocrática cuando pensaron que estaban en peligro los derechos que esos sectores habían adquirido. Lo cual hace bastante complicada la relación con los partidos políticos.

En esa ponencia sobre la India se comentaba que los movimientos populares en ese país se articulaban con los partidos políticos y que la ausencia o el debilitamiento de los partidos políticos hacía que se debilitara la articulación de los movimientos populares en la política de la India. Es una reflexión interesante, creo que en Venezuela pasó algo así, con el inconveniente de que el rechazo a la política, a los políticos, a los partidos –en lo que fue el sentido común neoliberal de los ochenta y los noventa– ha hecho que todavía tengamos partidos tan malos en Venezuela en esta transición que estamos afrontando y esto efectivamente pone en peligro la posibilidad de una profundización de la democracia política en Venezuela.

Si bien es cierto que la alianza de fuerzas políticas que apoyan al presidente Chávez hace uso de un discurso y de una retórica de profundización de la democracia y de participación, recién en las elecciones locales municipales se contradijeron cuando por una debilidad que le encontraron a la ley que estaba rigiendo las elecciones, la ley de participación, lograron burlar la representación proporcional de las minorías. Entonces, con una votación del 55% aproximadamente de los votos, se quedaron como con el 85% de la representación, que es una típica política que en Venezuela se llama muy claramente “cuarta república”, no “quinta república”, una vuelta a mecanismos de manipulación política al viejo estilo de Acción Democrática, hecha en este caso por el movimiento “Quinta República” y sus aliados. Esto ha traído un tremendo cuestionamiento por parte de los grupos populares del mismo chavismo, porque entre las personas que desplazaron en esa distorsión de la representatividad, desplazaron a algunos de los movimientos populares de los barrios que hubiesen podido tener representación en el Concejo Municipal Libertador, por nombrar un caso.

Entonces eso da cuenta de las tensiones que existen entre la lógica de los partidos políticos y la lógica de los movimientos populares y cómo se van a articular o cómo es la articulación de éstos en un proyecto de izquierda que no está nada resuelto en el caso venezolano.

El caso venezolano es bastante particular por el ingrediente militar. Chávez es un militar y, de manera creciente en Venezuela, se ha hecho muy visible el sector militar en el gobierno que ha ido accediendo a puestos en los distintos niveles de la administración pública. Desgraciadamente hay que decir que la visibilidad del sector militar en Venezuela tiene bastante que ver con la incapacidad del mundo civil para superar las crisis creadas en los años ochenta y noventa, la crisis económica y la descomposición social y política, el no haber podido asumir respuestas creativas a eso, hizo emerger al sector militar. También el problema de la destrucción de la institucionalidad del Estado ha hecho que prácticamente el gobierno de Chávez haya recurrido insistentemente a las fuerzas armadas para suplir las deficien-

cias de la institucionalidad, por ejemplo: políticas sociales, casos de emergencia en los barrios, asistencia, vacunaciones masivas, servicio odontológico, etcétera. O de diferentes casos de Misiones, por ejemplo la Misión Mercal que es la de comercialización y distribución de alimentos está en manos del sector militar.

En la Constitución de 1999 el sector militar adquirió el derecho al voto en Venezuela y aunque se dice que no pueden hacer proselitismo político, de hecho es una nueva situación dentro de la democracia venezolana que no está resuelta muy claramente. En este momento tienen un estatus mucho más independiente del sector civil del que tenían en el pasado y no está muy resuelta su subordinación al sector civil, lo que trae bastantes tensiones en lo interno en Venezuela. Sin embargo, sin los sectores militares no es posible pensar que el gobierno de Chávez hubiera sobrevivido al golpe del 11 de abril o que se hubiese podido recuperar la industria petrolera si no hubiera entrado el sector de las Fuerzas Armadas no solamente a retomar los campamentos sino a tratar de prender las máquinas, las refinерías, etcétera.

En cuanto al cambio de elite es, quizá, uno de los cambios más impactantes que ha hecho a alguna gente hablar de revolución en Venezuela. En efecto, si hay algo que es irreversible ha sido el cambio de las elites en Venezuela, o el ascenso de una nueva clase política perteneciente al sector militar parcialmente y a través de él proveniente de los sectores populares, pero también una elite civil proveniente de sectores que hasta ese momento no habían tenido acceso al poder político y a la toma de decisiones. Son elementos que han hecho a la democracia venezolana mucho más diversa culturalmente. En los canales de televisión de la oposición se ve un tipo de venezolano y en los canales del Estado se ve otro tipo de venezolano. Ha hecho mucho más visible el grado de diferenciación cultural que existe en nuestras sociedades, que son sociedades bastante jerarquizadas y que, en el pasado –a través de la ideología del mestizaje– no lo veíamos con la claridad con que lo estamos viendo ahora. Esto asimismo ha hecho emerger un claro discurso de derecha y racista en Venezuela.

Otro de los cambios en el ámbito político que más sorprende es el grado de politización que la polarización ha producido en Venezuela generando una dinámica de organización y movilización popular. Hoy en día el grado de politización de los venezolanos sorprende a quienes van a Venezuela. La gente está permanentemente pidiendo información, la radio y la televisión se abocan a dar información política. Esto tiene como aspectos positivos que es muy difícil engañar a la gente hoy en relación con las bondades o con los defectos de las transformaciones que están en curso y de esa manera también se crea un potencial de ciudadanía democrática muy importante. Estos son componentes de los cambios que se están dando en Venezuela.

Por otro lado, tenemos gobiernos de izquierda en América Latina, pero no son todos iguales, ni están en este momento en una situación parecida. En un extremo está la tremenda frustración con el gobierno de Brasil, un gobierno en el cual se acumuló por muchos años mucho trabajo de los sectores de izquierda y de los sectores populares, que llega al gobierno y con una rapidez muy grande deshace un trabajo político de muchos años.

Y en otro extremo, tenemos la situación venezolana, donde un gobierno, en el que no se tenían tantas expectativas, entre otras cosas por su componente militar, alcanza el poder y comienza a hacer cosas. Desde el punto de vista del resto de América Latina es muy bueno, pero desde el punto de vista nuestro, los venezolanos, tenemos que ser muy críticos de ese gobierno, porque nosotros sí le vemos elementos que pueden desarrollarse no en la dirección que nosotros queremos, sino en otras direcciones que pueden ser muy peligrosas.

En el medio de eso tenemos, por ejemplo, el caso de Uruguay, donde está comenzando un gobierno con rasgos parecidos quizá al brasileño, en el sentido de tener atrás un trabajo acumulado de muchos años.

Un punto con relación a eso tiene que ver con la manera en que la cultura política de los sectores de izquierda interviene en la posibilidad o no de una relación exitosa con el gobierno.

La cultura política de la izquierda en América Latina es un punto sobre el que deberíamos reflexionar, pensar el tipo de relación que se establece entre intelectuales y gobierno, y plantearnos qué tan democráticos o tolerantes son los gobiernos de izquierda ante las críticas que se les hace. Por lo menos en Venezuela la izquierda siempre ha sido muy intolerante en su relación con los intelectuales, por toda una historia que puede tener sus justificativos, pero –en todo caso– es un impedimento para que se alimente la evolución del gobierno y que se atiendan los problemas cuando ellos surgen.

Existe una desvalorización hacia el conocimiento intelectual, hay un desprecio hacia los intelectuales. Las discusiones en los años ochenta sobre los intelectuales por parte de la izquierda venezolana de que era “la gente más contaminada negativamente por el *boom* petrolero”, porque “son como la crema de la torta”, y entonces “ellos reciben las prebendas de la bonanza económica venezolana y no son capaces de dar nada a cambio”. Eso impregna profundamente hoy la relación que se establece entre el chavismo y la izquierda venezolana. Una buena parte de ella se opone al proyecto chavista, sin embargo los que no se oponen tampoco son respetados si se ponen a criticar mucho ese gobierno.

Otro punto que quería resaltar es la tensión que se produce entre el valor de las instituciones y el valor de la revolución. Es un problema en Venezuela y es motivo de angustia, que precisa más

reflexión, ¿hasta qué punto se puede mantener una movilización sin institucionalización? En el caso de las Misiones que se supone que son políticas sociales de corte provisional para atender emergencias, para atender una situación muy grave en las condiciones de vida de las mayorías populares y como tales abre una nueva institucionalidad, para que el Estado se pueda mover fuera de una institucionalidad que lo obstaculiza en su acción efectiva hacia el mejoramiento de las condiciones de vida de las mayorías. Pero lo entrega al sector militar en el caso de la Misión Mercal, y eso no tiene contrapesos, no tiene una institucionalización. Pasan dos y tres años, el dinero sigue fluyendo, el precio del petróleo se va para arriba y se abre un mundo de corrupción, o por lo menos empieza a abrirse un mundo de denuncias de corrupción, que nadie sabe muy bien cómo hacer con ellas. Pero si no se institucionalizan esos espacios, ¿quién chequea los recursos?, ¿quién universaliza las relaciones que se establecen allí? Porque podríamos estar en la dirección de abrir redes clientelares de nuevo al viejo estilo del partido tradicional Acción Democrática y ¿en qué momento se hace la institucionalización? O, cómo se hacen las dos cosas simultáneamente para evitar, no la vía del colapso por las alianzas –que puede haber sido el caso de Brasil–, sino la vía del colapso por la ineficiencia y la corrupción.

En el caso venezolano es muy preocupante esa situación por lo elevado de los ingresos fiscales en este momento y por el nivel de desinstitucionalización del Estado. El Estado está colapsado; la nueva institucionalidad no termina de cuajar porque, entre otras cosas, no hay ninguna valoración hacia esa institucionalidad. Cada vez que alguien propone “vamos a hacer la institución”, hay una especie de desprecio, hay una especie de cultura de que “vamos a inventar y a hacer más cosas”, o sea una especie de voluntarismo, como “nosotros somos buenos y honestos, entonces eso puede seguir, lo vamos a hacer bien”.

Otra cuestión es la relación entre la economía y la política. No hacen tanta falta modelos económicos, lo que hace falta es voluntad política o crear las alianzas políticas necesarias para llevar adelante esa economía alternativa. Pero también hace falta eficiencia económica. O sea, el caso venezolano es realmente patético en esa relación con la eficiencia, todo el siglo XX moviéndose hacia una modernización con oportunidades increíbles, en los años setenta se abrieron oportunidades increíbles para avanzar hacia una modernización, y eso se echó en el cesto de la basura por la incapacidad de tener eficiencia económica.

Y el gobierno de Chávez se parece mucho al de los años setenta venezolanos, con mucha bonanza petrolera, con ideas grandiosas, con una idea de industrialización, una integración, etcétera, ideas muy grandes, pero donde la eficiencia económica, hasta la fecha, no está nada clara. ¿Cómo se hace para armonizar entre el

gasto social y el gasto de inversión?, ¿cuál es el equilibrio?, ¿cómo es la tensión que se establece allí? Sin éxito económico esto no se sostiene tampoco.

La última cuestión tiene que ver con las alianzas políticas. Una discusión que se ha hecho mucho en términos de los gobiernos de izquierda es: ¿cuánto se concede para llegar al gobierno?, ¿para qué llegar al gobierno si se ha concedido ya todo? Entonces realmente ya no tenemos un gobierno que pueda hacer las transformaciones que nosotros buscamos. El caso de Venezuela es interesante en ese sentido porque no ha habido concesión, se llega al gobierno con una alianza cívico-militar, sectores populares y sectores militares son los que sostienen ese gobierno, son sus bases fundamentales. Pero entonces la tensión no resuelta es el problema de la polarización. Quedan vastos sectores de la población, sobre todo sectores medios, sectores intelectuales, sectores de cierta calificación, que podrían estar en este momento incorporados y trabajando en ese proyecto de futuro de la sociedad venezolana y que no se incorporan porque el discurso no los incluye y porque se sienten permanentemente excluidos de esa alianza, de esa relación, de ese Estado que se está construyendo. Es necesario ver desde el punto de vista crítico –soy muy fuertemente crítica de los sectores medios de Venezuela–, pero quiero ver el otro lado: hasta qué punto podemos manejar un discurso tan confrontacional, tan beligerante, una actitud tan despreciativa de los otros sectores y tan incapaz de sacar los bracitos para atraerse a las Universidades (las Universidades públicas venezolanas están en contra del gobierno de Chávez y lo expresan de todas las formas), entonces, ¿hasta qué punto, la otra cara de la moneda es, en esta tensión, cómo manejamos eso, cómo lo resolvemos, qué experiencias podemos sacar de los diferentes gobiernos?

ENZO DEL BÚFALO

ANTES DE CONTESTAR las preguntas sobre los partidos políticos y las nuevas organizaciones es necesario reflexionar primero sobre las tendencias que están detrás de estos movimientos políticos en América Latina. Abordar los problemas de la producción y contextualizar estos fenómenos de las experiencias nacionales dentro de un marco más amplio. Porque si bien es cierto que tienen su especificidad nacional y que el movimiento chavista en Venezuela es diferente al de Lula, o a lo que está pasando en Argentina y en el resto de los países, sin embargo se puede fácilmente insertar dentro de ciertas tendencias que son mundiales. De manera que lo importante es determinar cuál es la tendencia mundial y qué nuevos sujetos sociales emergen de estas tendencias.

Estamos acostumbrados a escuchar la palabra “globalización” como un fenómeno mundial de reorganización de la producción. Es una palabra, además, relativamente reciente para un fenómeno más antiguo. Cuando empezaron a hacerse evidente en los setenta estos fenómenos se denominaron de “transnacionalización”. Pero a mi juicio lo específicamente nuevo del proceso de globalización es el cambio que implica en las viejas estructuras de los Estados nacionales. Contrariamente a lo que sostiene cierta tradición marxista que hace nacer el capitalismo en el seno de este o en aquel Estado nacional, el Estado nacional y todo el sistema de Estados nacionales surgen del mismo proceso que da origen al capitalismo como forma de organizar la producción y ambos son complementarios. El Estado nacional ha jugado un papel fundamental en el desarrollo del capitalismo hasta la mitad del siglo XX, ha permitido el desarrollo de economías nacionales, con características muy distintas, especialmente entre las desarrolladas y las subdesarrolladas.

La presencia del Estado nacional fue el factor fundamental para que el intercambio mercantil se articulara con la producción en la forma en que lo hizo y que es lo que hoy llamamos “capitalismo”. Sin esa particular organización política, jurídica e ideológica del poder despótico que acompaña, protege y limita el desarrollo del mercado que va articulando los procesos de producción no hubiéramos tenido nunca economías nacionales articuladas entre sí por economías internacionales; mientras que la economía nacional es una economía de mercado articulada a la producción, la economía internacional no tiene espesor de producción. A su vez la articulación del mercado a la producción indujo un proceso de homogeneización social que dio origen a lo que hoy llamamos nación. La nación es un producto del Estado nacional y no al revés como lo quiere cierta tradición romántica y mistificadora. Esta realidad histórica es lo que la globalización está cambiando: desde el punto de vista de la producción esta vieja diferencia entre las economías nacionales y la internacional desaparece. Hoy la economía globalizada es una economía con espesor productivo y, a su vez, hay una parte de la economía nacional que ya no es nacional, sino que es internacional como producción, y, por lo tanto, es global. Como la economía nacional deja de existir en su parte más relevante para el proceso de acumulación global, el Estado nacional se vuelve una estructura política, jurídica e ideológica disfuncional para los sectores globalizados, aunque mantiene toda su vigencia para los sectores excluidos de la globalización. Hoy tenemos una nueva organización del territorio social que implica una reorganización transversal al Estado nacional. En vez de una serie de pirámides, lo que tenemos ahora son grandes bandas que cruzan el territorio mundial, bandas transnacionalizadas, en cuyo interior están dominadas por la producción transnacional, por la producción globalizada, con sectores

sociales que pertenecen a ella y, por lo tanto, son globalizados, y sectores que quedan afuera y que, por lo tanto, quedan estrictamente en el ámbito nacional.

Esta transformación material da origen al fenómeno de sectores transnacionalizados, no sólo desde el punto de vista de la producción o de lo que consumen, sino en sus conductas y su cultura; sectores que se sienten cada vez más identificados con una sociedad que está en su país, pero que también está en otras partes y cada vez se ven más alejados de otra parte de la antigua sociedad de su país. La nueva sociedad que está surgiendo se compone de franjas transversales globales y entre ellas una multiplicidad de territorios locales y subjetividades excluidas. Las primeras adoptan un pensamiento homogéneo, estandarizado y conformado principalmente por los medios de comunicación masivos; los segundos retienen las viejas formas nacionales y con frecuencia oponen formas neoarcaicas al cretinismo de la globalización. Creo que esta es la clave para entender gran parte de los conflictos actuales.

En el caso de Venezuela, por ejemplo, el antichavismo se nutre principalmente del hecho de que Chávez es un extraño a su cultura y a su sociedad, es un personaje extraño, extranjero, que los hace quedar mal con sus amigos de Nueva York, porque es chabacano o tiene unos modales que no son los adecuados, con esto quiero llegar hasta estos niveles de frivolidad que son indicativos de algo más profundo. Las manifestaciones en Caracas, con la clase media con sombrillas de marca y, por otro lado, esa "chusma de pardos", esos nómadas que parecían los hijos de Gengis Kan redivivo, evidencian la separación de una sociedad, que se ufana, hasta hace poco, de ser una sociedad de mestizos homogénea, donde la identificación con partidos políticos e idiosincrasia era la misma cosa. Y lo mismo ocurre desde el lado del chavismo, ¿quiénes lo integran? Sectores que siempre estuvieron excluidos del proceso de globalización, pero también nuevos excluidos, gente que antes estaban incluidos en la vieja economía nacional y en la vieja sociedad nacional, pero que el proceso de globalización, por diversas razones complejas, los está excluyendo. De manera que en el chavismo hay viejos excluidos y nuevos excluidos. Y de hecho la dirección del chavismo está formada por estos nuevos excluidos, que ahora son chavistas. Todos tienen un elemento en común, que es la crítica a un capitalismo genérico, donde se incluyen críticas a los defectos del capitalismo de siempre mezcladas con críticas al capitalismo de ahora también.

Ahora ha aparecido un venezolano que es culturalmente incomprendible a otro venezolano y aunque el nombre es el mismo se trata de personas que están en territorios sociales distintos, aunque el Estado nacional venezolano sigue formalmente inalterado. El conflicto social se da dentro de estas dos tendencias, entre esta nueva segmentación globalizada y los sectores que quedan fuera de los

espacios sociales transnacionales, sectores con intereses locales. Aunque estas subjetividades no están todavía bien construidas, ya es posible distinguir la conducta cretinizada estandarizada y homogeneizada del transnacionalizado frente a las prácticas neoarcaicas de los localmente territorializados. Al formalismo vacío de unas clases medias que piensan mediante consignas inducidas, el chavismo opone una retórica claramente arcaica, que a veces no permite expresar el verdadero problema tal como es, con los actores como son. Este es un aspecto clave para discutir el tema de la organización política como tal y su desarrollo.

Por otro lado, es importante reflexionar sobre este problema del Estado nacional porque la estrategia neoliberal apuntaba hacia su debilitamiento como centro regulador de la economía y ha tenido ciertamente éxito en general en el mundo. En América Latina, el caso más claro es Argentina. En este contexto es que hay que plantear la pregunta de si es posible o deseable el desarrollo nacional entendido como fortalecimiento de una economía nacional. La retórica integracionista hasta de los movimientos neoarcaicos latinoamericanos es un claro reconocimiento de que el desarrollo en términos de economías nacionales es cosa del pasado. Esto debería ayudar a todos aquellos cuyo “nacionalismo” les impide comprender la verdadera naturaleza del Estado nacional. El problema para nosotros es que, en la medida en que el Estado nacional pierde funcionalidad, las políticas económicas tradicionales que se aplicaron antes de la reforma neoliberal y durante la misma, se hacen poco funcionales. Entonces, la alternativa al neoliberalismo no puede ser un regreso simplemente a las políticas anteriores. El debilitamiento del Estado nacional significa que hay que tomar conciencia de una nueva realidad, de que las formas de dominación son diferentes a las del siglo XIX y también a las del siglo XX. De ahí que nacionalismo con socialismo no puede ser la respuesta para quien tenga como objetivo fundamental la construcción de una sociedad de personas libres e iguales. Por lo tanto, para evaluar los gobiernos que dicen querer el cambio, el problema es si más allá de lo que está ocurriendo en la esfera político-institucional tiene implicaciones de base social. Y ahí es donde se coloca el problema fundamental acerca de las tendencias actuales del capitalismo, que para los que hemos tenido siempre una visión materialista integral, el sujeto siempre está en primera línea. Y el sujeto se construye materialmente en el ámbito de los procesos sociales, por lo tanto, cuando hablamos de las tendencias estamos hablando de las tendencias de construcción de sujetos que actúan. Luego la evaluación pasa por dar respuesta a la pregunta de si efectivamente se están construyendo nuevos sujetos sociales.

Y si apuntamos hacia un cambio, hay que apuntar no hacia el cambio en general, sino hacia el que quieren los sujetos sociales. La

transnacionalización, la globalización, es un cambio que quieren algunos sujetos sociales, claramente definido para la construcción de una sociedad sobre esos límites. Oponerse a la globalización no necesariamente significa querer un cambio. Ese es el punto fundamental. Y los que quieren un cambio y los que se oponen a la globalización, ¿qué tipo de cambio quieren? Para poder saber eso hay que saber quiénes son, cómo se están construyendo política y socialmente. Este es el punto fundamental, ¿cuáles son los sujetos sociales en América Latina en este momento y qué es lo que quieren? Y estos gobiernos de los que estamos hablando, ¿son gobiernos que expresan, representan, a algunos de esos sujetos sociales? Evidentemente que sí, pero, ¿son los que pueden llevar a cabo un gobierno revolucionario?

Las modificaciones dentro del capitalismo son importantes porque tienen que ver con la construcción material del sujeto social, de su composición y de cómo cambia. Palabras genéricas como “trabajadores”, “proletariado”, nos dicen muy poco para lo que queremos averiguar, no porque sean falsas, sino porque son insuficientes. Hoy podemos identificar claramente dos grandes sectores que están de una parte y de otra de la barrera de la acumulación, que son a su vez múltiples y diversos en su interior. Unos que están dentro de la lógica de la acumulación de capital y otros que están dentro de una lógica de separación de esa lógica. Por tanto, es una lógica más bien de autovaloración que pasa por una separación de la lógica de acumulación del capital. Es en esta área de multiplicidad que puede surgir el sujeto capaz de realizar el cambio social diferente al que propone la globalización, pero conforme a la necesidad de una sociedad de personas libres e iguales. Para sectores sociales que han sido marginados en el capitalismo más tradicional y que ahora, además, se ven enfrentados a otros elementos que trae la nueva globalización, ¿la estrategia nacional es una estrategia? Y si lo es, ¿será un problema de ellos?

Interesa saber cuál es la naturaleza de ese movimiento, qué busca esa estrategia. Porque sólo así puede uno ver si está presente la tendencia a la construcción de una sociedad distinta, y aquí tenemos otro punto: ¿qué significa “sociedad distinta”? ¿Darle de comer a los pobres? ¿Cuidar de la salud de los pobres? Porque esos también son objetivos válidos. Pero lo determinante en la tradición que se reclama socialista no es esto, sino la organización de una sociedad sin relaciones de sumisión donde las libertades formales sean respetadas y las necesidades materiales e intelectuales de las personas sean satisfechas. Es la hipocresía del liberalismo respetar las primeras siendo indiferente a las segundas como es aberración del socialismo satisfacer las segundas sacrificando las primeras. Tan solo haciendo de las relaciones de poder el tema central del análisis, es posible negar la hipocresía y evitar la aberración. Por tanto, el

problema del poder y de cómo se distribuye el poder y de cómo se ejerce el poder, no puede ser una cosa aparte de la construcción de la sociedad nueva.

En estas discusiones con frecuencia se vinculan reivindicaciones que son simplemente reivindicaciones de tipo económico-social, de mejorar el nivel de vida, con la construcción de la sociedad nueva, pero estas dos cosas no necesariamente marchan juntas. Puede haber gobiernos que establezcan una estrategia para satisfacer estas necesidades básicas y primarias, pero esto no implica la construcción de una nueva sociedad. El problema fundamental para nosotros es buscar las diferencias y no las diferencias que desunen, sino las diferencias que unen. Tenemos que acostumbrarnos a pensar que podemos unirnos en la diferencia, no en la similitud que es muy homogeneizadora, uniformadora y pertenece al poder despótico tanto el de la globalización de hoy como del estalinismo de ayer. Portadoras del cambio son aquellas subjetividades que puedan estar efectivamente preñadas de la posibilidad de construir una sociedad nueva, entendiendo por sociedad nueva la sociedad de hombres libres e iguales, donde todos los individuos se puedan desarrollar plenamente en un sistema de cooperación que le permita a cada individuo usar a toda la sociedad para su propio potencial y no al revés.

Por otra parte, contestar la pregunta ¿qué es ser de izquierda?, puede ser muy complicado porque todos tenemos el fantasma del llamado socialismo que está presente. Para mí en estos momentos ser de izquierda es luchar, (en cualquier tipo de situación social, desde la más pequeña microfísica hasta la más grande macro-estructura social), por cambiar relaciones de poder de tipo despótico a relaciones que sean cada vez menos despóticas y que –eventualmente dejen de serlo. Una relación despótica es una relación de sumisión donde unos toman las decisiones y otros siguen esas decisiones, o sea que no hay una participación de todos sobre una base de igualdad. Esa es una guía sencilla, simple, clara, perfecta, que se puede tener y, además, es modular, por lo tanto se puede ejercer en cada instancia, la única dificultad en cada caso es reconocer la situación real de poder, para actuar en consecuencia.

Esta reflexión llevada al tema concreto de la actual situación en Venezuela, supone analizar la naturaleza del gobierno de Chávez para entender el tipo de política y, a mi juicio, la verdadera naturaleza del movimiento que lidera Chávez es un cambio en los actores dirigentes, la sustitución del viejo clientelismo político y sus protagonistas por una nueva clase dirigente que está estableciendo su propio clientelismo político y su propia estructura que, desde el punto de vista de las relaciones de sumisión, no significan grandes diferencias. Chávez cortó los vínculos clientelares con los viejos grupos económicos venezolanos porque lo hostigaban, porque no le gusta-

ban y porque como él mismo dice, es un “pata en el suelo”; esto expresa el conflicto histórico de Venezuela, es la culminación de las antiguas reivindicaciones de los pardos y en la medida en que reconstruye el viejo sistema, su gobierno puede catalogarse como de izquierda. Pero a medida en que la nueva clase dirigente se consolida lo hace dentro de esquemas despóticos más o menos tradicionales; de ahí que su gobierno sea un gobierno de derecha. Eso explica el discurso del chavismo, este popurrí ideológico donde caben todos, todo el mundo se puede reconocer en el chavismo, desde los cristianos evangélicos, los nacionalistas, los comunistas, etcétera. Este discurso hecho de retazos ideológicos arcaicos sólo sirve para cubrir lo que en realidad es un vacío político, estructural, de sujetos sociales.

Este movimiento tiene pues un carácter transversal que los hace inadecuados para esta antigua clasificación de derecha e izquierda. Lo que es cierto es que el movimiento social venezolano que ahora se identifica con Chávez y que puede engendrar una subjetividad nueva es anterior a Chávez y su asociación con el chavismo es transitoria y durará hasta que entre en la fase de deconstrucción de la vieja estructura política venezolana para poner la nueva gente, pero luego el chavismo empezará a cerrar esos mismos espacios que abrió y se volverá un obstáculo para el movimiento que quiere construir: una sociedad de personas libres e iguales que es ciertamente una sociedad donde los líderes máximos no tienen cabida. Lo que ocurre es que en esta fase el movimiento social apoya a Chávez porque sabe que el derrumbe violento del chavismo, arrollaría también el movimiento social, como se evidenció con el golpe. El problema fundamental, por lo tanto, es que no existe un cambio realmente profundo y diferente en las relaciones sociales que indique que serán menos despóticas, más igualitarias, apuntando hacia una sociedad diferente. Para el movimiento social, el gobierno de Chávez es muy importante en la medida que estos espacios se mantengan abiertos. Ahora la dificultad mayor para estos espacios sociales no está tanto en la voluntad política del gobierno de Chávez, sino en su propia dinámica.

Como es un gobierno, que por su propia naturaleza, simplemente plantea una renovación de cuadros y de la clase dirigente, la improvisación es muy grande y es parte de esta estrategia. Hay que estar poniendo continuamente personas nuevas en lugares nuevos y para ello es suficiente que adhieran al proceso sin importar su competencia, mientras que, en cambio, toda competencia es rechazada si es sospechosa de escasa devoción al líder quien tiene la última palabra. Esto genera un problema de ineptitud e ineficacia generalizada en un Estado que ya venía con esos problemas y cuyos efectos negativos son agravados por la forma errática e improvisada como el propio líder toma las decisiones; forma que se coloca en las antípodas de lo que debe ser una sociedad participativa. Todo esto

muestra una absoluta incoherencia, cuando se analiza la gestión del Estado desde un punto de vista convencional administrativo y gerencial, pero también cuando se le observa desde la óptica de una sociedad de cooperación entre personas libres e iguales; en cambio, adquiere una clara coherencia cuando se identifica la verdadera motivación del chavismo que es simplemente la del recambio social: en desplazar a los viejos sectores y poner a nuevos agentes.

El chavismo no sólo no ha puesto a Venezuela en una ruta hacia una sociedad de personas libres e iguales, sino que ni siquiera ha cambiado los términos del problema fundamental de la sociedad venezolana del siglo XX, que muy bien puede y debe ser el objetivo de un gobierno que se propone sólo aliviar o resolver el problema del subdesarrollo y la pobreza. Me refiero al agotamiento del modelo rentista petrolero que ha causado la marginación creciente de la población y el derrumbe del viejo sistema. ¿Existe una conciencia clara dentro del chavismo de qué hacer, de cómo cambiar el modelo? No. El proceso de desindustrialización de Venezuela ha seguido y se ha acentuado. En la práctica, Chávez es el más grande de los neoliberales que ha tenido Venezuela, pero no consciente, sino de facto. Desde que empezó la apertura neoliberal en 1989, el proceso de desindustrialización de Venezuela se ha seguido acelerando por muchos factores. Con Chávez ha llegado a niveles extremos; hoy en día la economía venezolana es nuevamente una economía prácticamente primaria. No es que lo haya hecho porque quiera acabar conscientemente con la industria venezolana. Pero lo ha hecho. Otro ejemplo, sobre todo al principio, Chávez favoreció por razones políticas al capital transnacional en la compra de empresas nacionales, también hace muy buenos negocios con las empresas transnacionales petroleras, esto es, hace todo lo contrario de lo que sería coherente con la retórica antiimperialista. Pero si el gobierno de Chávez es criticable de la simple óptica del desarrollo económico y social nacional, de la eficiencia administrativa; el punto fundamental para esta discusión es si este gobierno permite establecer relaciones menos despóticas a nivel de la sociedad y permite, por lo tanto, un mayor desarrollo de los movimientos sociales. La respuesta es que transitoriamente lo está haciendo, pero creo que a la larga se va a convertir en un gobierno que se va a cerrar y vamos a tener un nuevo régimen muy poco izquierdista, no importa desde el punto de vista que lo veamos.

ATILIO BORON

EL OBJETIVO DE LA IZQUIERDA es la justicia social, lo cual está radicalmente en contra de toda forma de explotación u opresión. De allí que un gobierno que sea indiferente a esto no puede ser un gobierno de izquierda. Y gobiernos de izquierda en América Latina hay sólo dos: Cuba y Venezuela. Salvo que tengamos una gran confusión. Por ejemplo, con ningún esfuerzo supremo de la imaginación puedo concluir que el gobierno de Kirchner en Argentina es de izquierda; ni siquiera sé si cabría dentro de una borrosa caracterización de “centro-izquierda”. El gobierno de Lagos, menos todavía. Lula tampoco. No podemos confundir las expectativas populares que despertaron esos gobiernos con la conducta concreta de los mismos; son dos cosas completamente diferentes. Lula despertó unas expectativas extraordinarias en Argentina. En vísperas de las elecciones en Brasil, en las que Lula obtuvo el 47% de los votos, tres encuestas a nivel popular le daban entre el 56 y el 57%. En otras palabras, Lula ganaba en la primera vuelta. Sin embargo, una cosa son las expectativas y otra muy diferente es pensar en el gobierno. Por tanto, hay sólo dos gobiernos de izquierda en América Latina: Cuba y Venezuela.

En cuanto a las dudas respecto de si Chávez es o no de izquierda, podemos proponer dos enfoques para discutir este problema. Un primer enfoque implicaría buscar en todos los libros de marxismo, pensamiento socialista y demás, y allí difícilmente Chávez represente un gobierno de izquierda. Pero como la izquierda se equivoca, y mucho, y la derecha no se equivoca –por eso ha gobernado durante siglos–, asumo el siguiente criterio: si Bush lo ataca, si toda la derecha lo ataca, si los monopolios lo atacan, entonces Chávez es de izquierda. Porque, en caso contrario, estaríamos frente a un planteo angelical sobre la política latinoamericana. Si lo ataca el gobierno de Estados Unidos, eje fundamental del sistema de dominación imperialista que viabiliza los procesos de dominación interna, Chávez es de izquierda. Si no lo era, se volvió de izquierda. Será una izquierda muy especial. Sin duda, no es la que surge del museo británico con Marx y Engels en 1848-1849; es una izquierda tropical, con todas las especificidades que tiene la encarnación de un proyecto en América Latina. Chávez es lo que es. Con esto hacemos la alternativa de izquierda aquí, o no hacemos nada. Si la derecha venezolana se unifica como un bloque absolutamente sólido contra Chávez, y si Estados Unidos se propone desplazarlo como primerísimo objetivo en América Latina, cuestionarse si Chávez es o no de izquierda es totalmente irrelevante, algo que preocupa sólo a algunos intelectuales abstraídos del movimiento real de la historia.

Lo mismo ocurre con relación al debate respecto de si tenemos o no gobiernos democráticos en América Latina. Respetando

una vez más las palabras y conceptos de mucho lustre, Aristóteles –para dejar de lado a Marx y todo el debate de los siglos XIX y XX– decía que el gobierno democrático era el gobierno de los pobres en defensa de sus intereses –que, además, eran la mayoría. Entonces, ¿cuántos gobiernos de esos tenemos hoy en América Latina, gobiernos de pobres que combaten la pobreza y en los que la promoción de los intereses de los pobres y las grandes mayorías sean el objetivo número uno de la política económica?

Cuando lo primero que hace un gobierno ni bien asume es negociar durante dos meses con el Fondo Monetario Internacional (FMI), estamos frente a un gobierno que, en el sentido estricto de la palabra, no es democrático. Convencionalmente hay elecciones, pero eso no es prueba de nada. En Estados Unidos también hubo elecciones. Como señalaba Noam Chomsky, la opción era elegir entre dos supermillonarios: Kerry, un supermillionario, o Bush, otro supermillionario, cada cual con su candidato a vicepresidente, a su vez dos supermillonarios. Definitivamente, esa no fue una elección democrática. Es preciso que empecemos a pensar que no estamos frente a gobiernos democráticos. Con excepción de los dos casos mencionados anteriormente, el resto son oligarquías que no hacen gran cosa.

Es evidente que en América Latina han surgido nuevos movimientos sociales que reemplazan progresivamente el papel que antes tenían los partidos políticos. Y es indudable que si pasan cosas es básicamente porque hay movimientos sociales que están agitando el tablero, ya que los partidos han tenido una tendencia muy fuerte a superinstitucionalizarse y, por lo tanto, han dejado de ser motores de cambio, incluso los partidos populares. Pero en este punto se plantea una segunda discusión.

Si estamos frente a nuevos sujetos que se constituyen al margen de la arena electoral y del proceso institucional de las llamadas “democracias latinoamericanas”, es fundamental plantearse cuál es la estrategia de poder que tienen estos movimientos. Porque un movimiento que no se planteé una estrategia de poder, más allá del debate que pueda darse acerca del poder, no puede transformar este tipo de sociedad. Entonces nos preguntamos cuál es la estrategia de acción de estos movimientos. Porque, de lo contrario, caemos en una contradicción: nuevos movimientos sociales que tienen una gran capacidad para dinamizar la política, pero que luego deben insertarse en la estrategia de poder dominante ya institucionalizada.

Es hora de plantearnos una discusión abierta sobre las llamadas estrategias extra-institucionales en América Latina. Si uso la palabra “insurrección”, me van a fulminar pensando que he escapado inmerecidamente de las cavernas de los años sesenta. Pero cuando de hecho observamos cómo se han producido los cambios de gobierno en varios países de América Latina, constatamos que se

produjeron por vías clásicamente insurreccionales. Basta con preguntarles a Lino Gutiérrez, Sánchez de Lozada o De la Rúa cómo fueron desalojados del poder.

Entonces estamos frente a una nueva realidad. Hay, en la práctica, una nueva estrategia de resolución de conflictos en América Latina, que no pasa por el Parlamento o el Congreso, pasa por la calle. Es una estrategia de carácter insurreccional, pero que se enfrenta con un serio problema: dado que las viejas teorías como el foquismo fueron superadas, hoy prevalece una especie de espontaneísmo insurreccionalista. Una de las consecuencias de esto es que puede haber masas movilizadas con una enorme capacidad para derrocar gobiernos impopulares, pero que son al mismo tiempo, y como producto de la desorganización y el caos en que se mueven hoy las sociedades latinoamericanas, incapaces de plasmar un proyecto de reemplazo. Sacan a un gobernante neoliberal y llega otro que sigue aplicando las mismas recetas neoliberales. Es muy importante estudiar o examinar comparativamente las experiencias de estos movimientos, para comprender qué podemos aprender de sus estrategias y qué podemos sugerir.

Si se constituyen coaliciones que tienen posibilidades de ejercer alguna transformación en nuestra vida social, y si hasta hoy –no sé más adelante– esas transformaciones pasan por el Estado, una institución aún clave aunque a muchos de nosotros nos disguste profundamente, ¿cuál es la relación que debe establecerse entre reforma y revolución? En América Latina, la palabra “reforma” estuvo cargada de un sentido profundamente peyorativo. No había peor insulto para un compañero de izquierda que tildarlo de reformista.

¿Por qué no se produjo la revolución en América Latina? “Por la traición de los jefes” es la respuesta rutinaria de los sectores que hacen gala de un “revolucionarismo abstracto”. Es, además, una explicación gastadísima, de más de un siglo, y que deja de lado toda indagación acerca de las razones por las cuales la traición de los jefes, invariablemente anatemizados como reformistas o socialdemócratas, pudo ser efectiva. Este argumento no indaga por qué las masas no se rebelan contra sus jefes supuestamente traidores. En todo caso, conviene recordar que cualquier intento de reforma en América Latina da lugar a una sangrienta contrarrevolución o, por lo menos, una tentativa de contrarrevolución. Esto nos obliga a pensar con qué estrategias de reformas concretas deberían contar los movimientos contestatarios en América Latina, porque no podemos pensar que estos movimientos vayan a tener una gravitación en la vida social de nuestros pueblos prometiéndoles el milenio socialista. Mientras tanto, tienen que decir qué hacer con el sistema educativo hoy, con el sistema de salud hoy, con la gestión democrática del Estado hoy. A la vez, tienen que ser reformistas; si no tienen capaci-

dad para proponer reformas, no son creíbles para proponer una revolución.

Por otro lado, lo que podemos sacar en limpio de la experiencia argentina es que nos ha ido pésimo. Argentina fue durante diez años, según Michel Camdessus, la mejor alumna del Fondo Monetario Internacional (FMI). No sólo es mi opinión, ni la de los críticos, los izquierdistas de siempre, que hemos revivido al calor de esta nueva realidad intelectual y política, que espero no sea pasajera, en la que otra vez podemos hablar y llamar a las cosas por su nombre. Pero lo cierto es que fue Camdessus –y los principales funcionarios del FMI– quien ponía como ejemplo a Argentina. Antes fue Pinochet, pero les resultaba un poco desagradable el personaje. Después dijeron “miren a Salinas de Gortari”, pero también tuvo problemitas, y finalmente optaron por Menem, nada menos. A Argentina le fue muy mal, y Uruguay vivió el coletazo.

¿Por qué nos fue tan mal? ¿Porque desobedecimos al Fondo? No, nos fue pésimo porque fuimos los más obedientes con las consignas del FMI. Fuimos los que negociamos con los brazos caídos, los que aceptamos todos y cada uno de los puntos del Consenso de Washington, los que antepusimos el acuerdo con el FMI, el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) ante cualquier otra consideración de política social y económica. Así nos fue.

Los uruguayos nos tienen muy cerca, saben qué fue lo que pasó, y la gran lección es evitar que les pase lo mismo. Lo que quiero expresar es que si Argentina pagó el precio que pagó, es porque fue muy obediente, el más obediente de los países de América Latina. Que no pase lo mismo con los uruguayos.

Cuando tomo conocimiento de que la primera decisión en materia económica del nuevo gobierno de Uruguay fue enviar una misión a Washington para tratar con el FMI o el BM o el BID, me preocupó, y mucho. Si Argentina con su territorio y sus recursos no sólo tropezó, sino que cayó en la peor crisis económica de nuestra historia por seguir ese recorrido, es imperioso que aprendamos de esa lección.

Posteriormente, en un acto de desesperación, producto de que no había más alternativa, Argentina deja de pagar la deuda. Y, poco tiempo después, no contenta con haber pateado el tablero de manera tan censurable para la prensa “seria” de nuestros países y para los medios de comunicación que informan a nuestros pueblos con “ecuanimidad y veracidad”, adopta la política de realizar una quita muy significativa a los bonos de la deuda externa. Esto es, dos flagrantes sacrilegios contra todas las reglas de juego respetables del sistema financiero internacional.

Frente a esto, los diarios en Argentina, Uruguay y Brasil, la prensa internacional, la opinión pública internacional “prudente”, afirmaron que Argentina iniciaba una caída sin fin, una caída libre

al más profundo de los océanos, a la crisis más profunda de su historia, porque no sólo había tenido una crisis a partir de 1998, sino que ahora acentuaba las peores consecuencias de esa crisis, deshonrando la deuda y esquilmando a los acreedores.

Lo que pasó fue exactamente lo contrario. Todos estos medios serios mostraron que, en realidad, no lo son. Salvo algunas honrosas excepciones, los medios de comunicación de masas son, como bien afirma Noam Chomsky, medios de confusión de masas, de manipulación de masas, que mienten sistemáticamente, producto premeditado de su política: desinformar, manipular, mentir, atemorizar a la población, para que la población actúe y responda en función de sus intereses. Esa prensa había afirmado que Argentina se hundiría en el peor de los abismos. Pasó exactamente lo contrario. Desde 2003 hasta hoy, hay un solo país en el mundo que está creciendo más que Argentina, y es China. Segunda lección entonces: desvincularnos del FMI, de la deuda (que, al igual que los uruguayos, ya hemos pagado entre seis y siete veces, como lo demuestra el estudio del profesor Eric Toussaint publicado por CLACSO), nos permitió crecer a un ritmo muy acelerado. De manera que cuando algún sinvergüenza dice que nuestros gobiernos deben honrar la deuda externa, lo que nos están diciendo es que tenemos que honrar a sus ladrones. Lo que no dicen es que todo el sistema es un atraco, un sistema montado sobre el latrocinio. Pero ellos nos piden que respetemos al ladrón. Argentina no efectuó la quita debido a la clarividencia de sus dirigentes –la verdad, la claridad de la dirigencia política argentina es de las más bajas del mundo–, sino porque no había otra alternativa. El país estaba totalmente fundido.

¿Qué pasó entonces después de todo esto? Nada. Nos amenazaron los diarios. Mucha gente se atemorizó, porque diarios como *La Nación* o *Clarín* decían: “qué barbaridad lo que está pasando en este país”. Leer la prensa uruguaya o de Brasil era terrible, porque se afirmaba que el Fondo se había propuesto escarmentar a Argentina, darle un castigo ejemplar, para que nadie osara volver a hacer lo mismo. Pero no pasó absolutamente nada.

Y no pasó nada porque el mundo del capital no está pendiente de lo que diga una burocracia corrupta, anclada en instituciones como el BID, el FMI o el BM. Los inversionistas que vienen a invertir a estos países lo hacen fundados en un solo principio: ¿puedo ganar?

A un país con muertos de hambre, como son la mayoría de los países de América Latina a causa de estas políticas, no llegan las inversiones. Singapur es una pequeña isleta, infinitamente más chica que Uruguay, pero tiene una de las estructuras de distribución de ingreso más igualitarias del mundo. Allí hay 6 millones de hombres y mujeres que compran. Argentina tiene 38 millones de habitantes, de los cuales compran sólo 7 u 8 millones. Entonces, ¿dónde conviene invertir? En Singapur, por supuesto: es más pequeño y

más fácil de manejar, y representa menos problemas, más movimiento, más ganancias.

¿Hay que negociar o no con instituciones como el FMI, el BM, el BID? No hay nada que negociar. Hay que hacer lo que hizo el primer ministro de Malasia. Cuando estalló la crisis en 1997, llegó a Kuala Lumpur una delegación del FMI. Entonces aquél les preparó una cena magnífica en el hotel más elegante de la ciudad, y después les dijo: “tengo un regalo para todos ustedes, levanten el plato”. ¿Qué había debajo del plato? Un pasaje de ida de Kuala Lumpur a Washington en primera clase. “No los quiero ver más, desaparezcan.” Y se fueron. Y Malasia fue el primer país que se recuperó de la crisis asiática.

No hay tal cosa como “una buena negociación con el Fondo”, como tampoco hay buena negociación con el ALCA. Recordemos lo que escribió Colin Powell, secretario de Estado, cuando dijo que el ALCA es el proyecto que va a permitir a Estados Unidos tener el control absoluto, desde Alaska a Tierra del Fuego, sobre mercados, materias primas, recursos y circuitos financieros. Es imposible que nos convenzan de que se puede negociar bien ese proyecto de control absoluto por parte de Estados Unidos.

En realidad, “negociar bien” con esas instituciones es poner en primer lugar en la agenda de prioridades nacionales de nuestros países la estabilidad monetaria y la valorización financiera; poner al tope de las prioridades nacionales de Uruguay, Argentina, Brasil, el superávit fiscal y la reforma del Estado. El resultado de todo esto es recesión económica, mayor dependencia externa, mayor vulnerabilidad ante los factores y los agentes internacionales, deterioro en la distribución del ingreso y, a la larga, deterioro de la credibilidad democrática. Un rasgo muy preocupante es que, como lo comprueban las encuestas de opinión pública, la mayoría de la población de América Latina está dispuesta a renunciar a un gobierno democrático, si es que hay otro gobierno no democrático que garantice la solución a sus problemas económicos.

Esta es la herencia que nos deja el neoliberalismo, después de tantos años de haber seguido esas políticas que tan nefastas consecuencias trajeron a nuestros países.

PLINIO SAMPAIO

EL GOBIERNO DE LULA tuvo un profundo impacto sobre la sociedad brasileña. Destaco, en primer lugar, el hecho de que Lula le dio oxígeno al neoliberalismo. La adhesión incondicional del Partido de los trabajadores (PT) al “orden global” legitimó las políticas neoliberales. Con eso, el neoliberalismo ganó un tiempo precioso. Claro que eso no garantiza la perpetuación del sistema, pues, al profundizar las contradicciones sociales, el neoliberalismo tiende a cavar su propia tumba.

Entre los efectos negativos del gobierno de Lula, destaco la gravedad de la crisis política. A mediano y largo plazo, la falencia de los partidos políticos apunta hacia una crisis institucional de grandes proporciones. En muchos sentidos la crisis política actual es mayor que la de 1964 porque en aquel momento las principales referencias políticas de derecha quedaron en pie, y las de izquierda también, aunque quedaran fuera de Brasil. La actual crisis desmoraliza a todos los partidos del “orden”. Es una crisis que destruye todas las referencias políticas. Si no hay un cambio de rumbo radical (y no creo que haya), Brasil camina hacia el colapso de su sistema político partidario, algo similar a lo que ocurrió en Venezuela, en Ecuador y en Bolivia. Claro que no igual, cada país es diferente, pero hay una crisis política muy grande en Brasil.

Desde el punto de vista del Estado nacional, lo clave es que el avance del neoliberalismo agudiza el proceso de reversión neocolonial, o sea, el desmantelamiento de los instrumentos que caracterizan al Estado nacional. Este es un proceso histórico que no se inició con el gobierno de Lula. Viene de mucho antes. En Brasil, los síntomas del proceso son más o menos claros y se manifiestan de manera inequívoca con la desarticulación del proceso de industrialización en los inicios de los años ochenta. El resultado de esta crisis es que la economía ya no tiene su eje dinámico en el mercado interno y en la industria. El país funciona para servir al mercado internacional y tiene su sector más pujante en la agricultura. Junto con la crisis de la industria, viene un aumento del desempleo estructural, un aumento de la pobreza. También existen cambios significativos en la propia estructura del capital. La burguesía brasileña, que tenía algún poder de negociación con el imperialismo, hoy no tiene casi ninguno. Hasta el final de los setenta, la burguesía tenía su fuerza en la industria (subdesarrollada, pero era una industria grande y fuerte). Hoy la burguesía brasileña no depende más de la industria. Se trata de una “burguesía de negocios”, para no usar la expresión “burguesía compradora”, porque la historia no marcha para atrás. Ella se dedica a la compraventa de mercancías en el mercado exterior; a la compra y venta de patrimonio nacional, público y privado; y a la especulación financiera, con la compra y venta de papeles. Por eso el

superávit fiscal brasileño tiene que ser altísimo, no sólo para agradar al FMI, sino también porque la burguesía está ganando plata con estos títulos. Por eso, el neoliberalismo encuentra fuerte apoyo en casi todos los sectores de la burguesía brasileña.

Cuando observamos la situación brasileña desde una perspectiva de largo plazo, no es exagerado afirmar que, si la sociedad brasileña no cambia radicalmente de rumbo, caminamos hacia la barbarie. Creo que este análisis es, de alguna manera, un análisis de lo que ocurre en toda América Latina. Al final, toda América Latina vive una profunda crisis del proceso de construcción del sistema económico nacional que se manifiesta en la forma de una inviabilidad de la industria nacional; un aumento del problema del desempleo estructural; una creciente y descontrolada desnacionalización de la economía; un alarmante aumento de las rivalidades interregionales que colocan en peligro la propia continuidad de la unidad territorial; un sistemático desmantelamiento de los aparatos de Estado; y, por fin, una profunda crisis de la identidad cultural que coloca en jaque la propia idea de la pertinencia de seguir apostando al Estado nacional.

Pero quiero llamar la atención sobre un segundo orden de problemas. El gobierno de Lula tuvo un profundo impacto sobre la unidad de la clase obrera. En Brasil el pueblo sufrió un gran revés. La mayor derrota no fue la capitulación del gobierno de Lula. La peor derrota fue la destrucción de los instrumentos de lucha creados por la clase obrera en los últimos veinticinco años. De cierta forma, la derecha comparte esta visión, porque golpea mucho más al Partido de los Trabajadores (PT), a la Central Única de Trabajadores (CUT), al Movimiento de los Sin Tierra (MST) que al gobierno de Lula. Lo que la derecha quiere es desmoralizar la idea de que el cambio es posible, ése es el blanco principal del ataque de la burguesía. Lo que estamos viviendo hoy en Brasil es la deconstrucción de Lula, la deconstrucción del PT, el esfuerzo de deconstruir todos los instrumentos de lucha de la clase obrera. Esto está ocurriendo de manera fulminante y espectacular.

Entender por qué el gobierno de Lula zozobró a las exigencias del orden es fundamental para la recomposición de las fuerzas de izquierda en Brasil y, me atrevo a decir, en toda América Latina. Mi tesis es que el fracaso retumbante del gobierno de Lula como un instrumento de transformación social expresa el agotamiento de un ciclo de acumulación de fuerzas de la izquierda. La crisis no es sólo del PT, sino del conjunto de la izquierda; la crisis del gobierno de Lula es la crisis del PT, del conjunto de todos los partidos de izquierda y de los movimientos sociales. La crisis expresa la absoluta falencia del proyecto socialdemócrata.

De una o de otra manera, en Brasil, todas las fuerzas políticas y todos los movimientos sociales han sido profundamente afectados por lo que está pasando. Prevalece la perplejidad, la inmovilización.

En el momento, las fuerzas de izquierda se encuentran bien confusas. La falta de una estrategia clara para enfrentar la situación es grave porque existe una evidente necesidad de cambiar la realidad, el pueblo da señales claras de que quiere transformaciones profundas, pero el cambio no viene. Parece una tragedia griega. Nadie logra cambiar el curso insensato de los acontecimientos. Si analizamos lo que está pasando con una perspectiva histórica, vamos a ver que hay una similitud entre la incapacidad del gobierno de Lula de cambiar la realidad y la derrota de todas las iniciativas reformistas de los últimos cincuenta años: la campaña por la reforma de base de los años sesenta, abortadas por las bayonetas de la dictadura militar; la derrota del movimiento de redemocratización que culminó con la elección indirecta de José Sarney y, posteriormente, con la elección de Collor de Mello y el inicio del ciclo de liberalización; y el completo fiasco de la experiencia socialdemócrata en su versión ilustrada, con Fernando Henrique Cardoso.

Quizá esto nos está diciendo que no hay espacio real para reformas en el capitalismo dependiente. A lo mejor, en América Latina, los cambios exijan otra radicalidad. Eso coloca nuevas interrogantes. ¿Quién es el agente del cambio en América Latina? ¿Quién hace los cambios? La apuesta del PT era que el cambio se haría de manos dadas con la burguesía. La verdad es que, en Brasil, todas las estrategias de cambio ya fueron intentadas y fracasaron. Todas, menos una: apostar al protagonismo de la clase obrera. Apostar al poder transformador de los de abajo. La configuración de la lucha de clases en Brasil coloca frente a frente rico contra pobre. El cambio viene de la mano de los pobres que son los trabajadores. Este es un debate que tenemos que hacer para no quedar dando vueltas en círculos. No tenemos más el derecho de cometer los mismos errores de las últimas cinco décadas.

Para finalizar, un último comentario. Las tareas políticas que la izquierda tienen por adelante no son simples. Hace poco un brasileño fue muerto en Londres por la policía inglesa, con siete tiros en la cabeza y uno en la espalda. El muchacho era un trabajador que se fue al extranjero porque no tenía alternativa en Brasil; un típico brasileño, un hombre de bien, sin ningún antecedente que le pudiera poner ninguna mancha. Su entierro fue una conmoción nacional. Fue sepultado con la bandera de Brasil y con la bandera de Minas Gerais. Eso demuestra que hay un sentimiento antiimperialista muy fuerte en el país. Pero es importante indagar: ¿podemos resolver nuestros problemas apenas en la dimensión nacional?, ¿es posible resolver los problemas fundamentales del pueblo latinoamericano dentro del capitalismo?, ¿en la era del imperialismo total, es posible domar el capitalismo dependiente?

El pueblo reacciona contra la reversión neocolonial y la barbarie que la acompaña luchando por la revolución democrática y

por la revolución nacional, entendidas como transformaciones profundas –radicales– en las estructuras sociales y económicas de la sociedad nacional. Pero, cabe preguntar: ¿es posible encaminar tales cambios sin extrapolar el marco nacional y sin ultrapasar el marco del capitalismo? En otras palabras: ¿existe una burguesía nacional capaz de enfrentar el imperialismo? No. No existe. A lo largo de toda nuestra historia, desde la independencia hasta nuestros días, el capital jamás se preocupó de los problemas del pueblo. Siempre resolvió sus problemas sin tomar en cuenta, en lo más mínimo, los problemas de los de abajo. Por eso, somos una de las naciones con el mayor nivel de injusticia del mundo.

Más que nunca, necesitamos leer lo que está en la historia para saber lo que es posible y lo que no es posible. Porque si nos proponemos lo imposible, como domar el capitalismo y construir un Estado de bienestar social en la periferia del capitalismo, es evidente que los movimientos sociales van a entrar en depresión. El movimiento obrero no hace historia sin teoría. Entonces planteo como hipótesis para el debate: no hay solución para los problemas fundamentales del pueblo brasileño en el mundo “global” y no hay manera de romper las cadenas de la “globalización” sin desencadenar un proceso político que tiende a cuestionar el propio capitalismo. Si estas tesis son verdaderas, hay que pensar en otra radicalidad para las acciones de aquellos que luchan “contra el orden”. El vergonzoso fracaso de Lula coloca la necesidad de repensar la dialéctica entre reforma y revolución.

REINALDO CARCANHOLO

HACE MUY POCO EL GOBIERNO BRASILEÑO del Partido de los Trabajadores (PT) conquistó una gran victoria en el Congreso. El Senado Federal había aprobado una suba del salario mínimo de 300 a 384 reales en contra de la propuesta del gobierno de Lula y del Ministro del Trabajo, el presidente de la Central Única de Trabajadores (CUT). El gobierno, a través de una maniobra de regimiento en la Cámara de Diputados, consiguió derrotar la propuesta de la derecha de 384 y volvió a los 300 reales. Hoy conmemoran la victoria. Esto para mostrar que mis críticas al gobierno brasileño de “izquierda” no es el resultado de una posición extremadamente radical.

Ante la pregunta ¿por qué la realidad es lo que es?, ¿por qué los discursos van en un sentido y la práctica en otro?, y ante la preocupación de encontrar una “idea fuerza”, exigida aquí en este excelente seminario, capaz de aglutinar los agentes, los sujetos de América, un primer elemento que es fundamental tener presente es que el capitalismo que existía hace veinte o treinta años no existe más. El capitalismo que conocimos en nuestra infancia no existe ni

va a volver a existir. Aquel era un capitalismo muy diferente al que hoy sufrimos; permitía en América Latina un cierto desarrollo, permitió el surgimiento con mucha fuerza de una clase media en Argentina, en Uruguay –se hablaba de Uruguay como “la Suiza sudamericana”–, y en Costa Rica. Ya al final de ese período “bello” del capitalismo (si es que hubo tal cosa) un amigo marxista –un poco en broma, un poco en serio– decía que en Costa Rica no había lucha de clases, era la “Suiza centroamericana”; claro que había lucha de clases, pero no como la conocemos hoy. En Brasil también, aun con toda la exclusión social del desarrollo capitalista en esa época, se pudo desarrollar una clase media y existía la perspectiva de ascenso social urbano. La gente del campo se iba a la ciudad y había expectativa de ascenso social.

Ese era el capitalismo que nosotros conocíamos. He escuchado la afirmación de algunos compañeros de que lo que queremos hoy en verdad, los trabajadores y los explotados, es trabajo y dignidad; es verdad, esas son palabras muy fuertes: “trabajo” y “dignidad”. Pero nosotros teníamos eso en el capitalismo de antes. Mi familia tenía trabajo, tenía seguridad en el trabajo, tenía la dignidad de obrero pobre, pero tenía la dignidad del trabajo. Hoy, exigir del sistema dignidad y trabajo es muy poco, aunque son palabras muy fuertes y tácticamente deben ser utilizadas, es demasiado poco. ¿Y por qué es fuerte eso? Porque el capitalismo hoy no lo puede dar, y peor aún, no lo volverá a dar a los trabajadores.

Durante muchos años se discutía la afirmación de Marx de que el capitalismo generaba la miseria absoluta. Muchos marxistas hicieron esfuerzos para relativizar lo que él quería decir con eso. La realidad no mostraba eso, luego o Marx estaba equivocado o no era eso lo que quería decir, porque, para ellos, Marx no podía equivocarse. Y de hecho, en ese aspecto, no se ha equivocado. Durante los treinta años de oro del capitalismo la miseria no fue tan visible para nosotros. Pero hoy no podemos dudar de la afirmación de Marx de que el capitalismo es al mismo tiempo la riqueza elevada al extremo y, al mismo tiempo, la miseria elevada al extremo.

Entonces, la teoría de la pobreza absoluta, tal vez un poquito retrasada en la historia, ahí está.

Nuestro “radicalismo” en afirmar que el capitalismo no es capaz de volver y hacer lo que hacía tiempo atrás deriva, en verdad, de una interpretación científica que tenemos sobre el cambio que hubo. La crisis del capital de los años setenta, que se explica fundamentalmente como consecuencia de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, encuentra su solución –el capitalismo siempre encuentra una solución– en lo financiero, en la salida del capital de la producción y en la búsqueda de rentabilidad especulativa y rentista.

La contradicción de la fase actual del capitalismo es muy seria: es entre la producción de excedente, de plusvalía, y la apropiación

ción. La voracidad del capital, el deseo de apropiación supera en mucho y cada vez más la capacidad de producción. Esa fue la salida de la crisis. Y la salida de la crisis, que el capital siempre encuentra, tiene una condición. No hay otra posibilidad: mayor explotación. Esa es la historia del capital. Y va a seguir siendo esa su historia, mientras sobreviva. No creo que el capitalismo desaparezca a partir de esta forma, es posible que surjan nuevas formas de existencia del capital. Pero si surge una nueva, posterior a esa del dominio del capital ficticio en el concepto de Marx, será sobre la base de una explotación aún más fuerte.

La tragedia de la humanidad, que no es de hoy, en el capitalismo, se va a profundizar, si es que el capitalismo logra sobrevivir a esta forma que no tiene horizontes muy amplios.

Hace unos días tuve una plática con mi hijo, que también es marxista, y le preguntaba cuál era la diferencia entre nosotros y los actuales keynesianos, los poskeynesianos. Los que se consideran verdaderos seguidores de esa perspectiva, son algunas veces más críticos que nosotros con relación a la política neoliberal. Y más o menos llegamos a un acuerdo: la idea es que –por más críticos que sean– los keynesianos creen en la posibilidad de una vuelta a un capitalismo más humano. Y tienen razón dentro de la teoría en la que creen. La idea que tienen ellos es que la riqueza, el excedente, y por lo tanto la ganancia, tiene como base fundamental *la tecnología*; es el avance tecnológico el que garantiza la belleza del capitalismo, la riqueza y la posibilidad del capital de hacer concesiones. Por lo tanto, si hay algún regreso de la forma capitalista de la especulación y del rentismo hacia la producción, estamos salvados; con el avance tecnológico el capital podría volver a hacer concesiones a nuestros pueblos y estaríamos felices con eso.

No estaría en contra de eso, pero la verdad es que no lo puedo creer; es una cuestión de convicción teórica en economía, porque –para mí– riqueza y excedente no tienen como origen la tecnología. Es verdad que la tecnología, a través de la plusvalía relativa, permite un crecimiento de la riqueza; pero, la cuestión tecnológica, lo importante de ella y lo que nosotros vemos como fruto de la tecnología, no es producto de ella, es transferencia de explotación de los que no dominan la tecnología. La tasa general de ganancia, que es lo que importa para el capitalismo, se explica por la explotación, no por la tecnología.

Esa es la perspectiva marxista que nadie tiene la obligación de aceptar, pero nosotros, marxistas, sí tenemos o entonces no lo somos. Y por lo tanto no hay vuelta, no hay posibilidad de que la tecnología resuelva el conflicto entre la producción y la apropiación. Claro que hay un espacio para que la tecnología aumente la plusvalía absoluta, pero la cuestión central es la plusvalía extra y eso significa mayor explotación a los que no dominan la tecnología; y la riqueza y

el excedente, para nosotros, sigue siendo fruto del trabajo; la tecnología es del dominio del capital, pero sólo a través de la explotación del trabajo es que logran esa apropiación. Y la salida de la crisis, por lo tanto, sólo puede ser –si, como lo creemos, la crisis es en verdad resultado de una tendencia decreciente de la tasa de ganancia– un nivel de explotación mayor sobre nuestros pueblos.

Por esto, la salida del capital hoy, o –si no hay salida–, la continuidad de este capital implica mayor explotación de nuestros pueblos y por eso no creo que exista la posibilidad de que alguna fracción burguesa se proponga, en nuestros países, un proyecto nacional y popular.

En relación con la cuestión de Uruguay: tengo esperanzas en el proceso. Cuando ocurrió la victoria de Tabaré Vázquez, en mi casa ondeamos la bandera roja del anticapitalismo. Pero seamos realistas, la sobrevivencia del proyecto en Uruguay depende primero de que los explotados estén en la calle, que vayan a la pelea, a la lucha, a la reivindicación, a la exigencia, a la casi insurgencia y cada vez más, sin eso no hay futuro.

Y en segundo lugar depende de que las cosas políticamente en América Latina evolucionen adecuadamente, porque solo Uruguay no tiene futuro; cualquiera de nosotros no tenemos futuro si políticamente en América Latina las cosas no caminan adecuadamente. Entonces tenemos que articular eso. En Venezuela también; el solo radicalismo de las palabras de Chávez no es suficiente. Pero sí creo que la sobrevivencia de la revolución bolivariana y su eventual evolución en direcciones más interesantes sólo es posible si la revolución se radicaliza. ¿Cuál es la radicalidad que existe y que debería avanzar ahí? Es la radicalidad en organización de las masas, de los explotados, en sus exigencias y reivindicaciones y eso se está logrando.

Los puntos básicos a partir de los cuales podemos imaginar una idea-fuerza son:

1. el capitalismo ya no es el mismo, no hay vuelta;
2. no hay fracción burguesa, dominante en una alianza, capaz de sostener un proyecto nacional y popular;
3. los explotados necesitan asumir el poder;
4. si lo hacen, ¿por qué mantenerse con un proyecto nacional y popular, y no avanzar hacia un proyecto socialista? Si no hacen eso el proyecto desaparece.

Los pueblos latinoamericanos en este momento presentan una gran resistencia, están en proceso de crecimiento en su rebeldía y hasta insurgencia en contra del neoliberalismo. Manifestación de ese proceso es el caso uruguayo, también fue el caso en Brasil, 55 millones de brasileños votaron por Lula con la expectativa de cambios. Pese a ello el gobierno de Lula ha logrado consolidar en Brasil el modelo neoliberal y nos ha impuesto a los brasileños una derrota.

De cierta manera esa derrota es un poco latinoamericana también en ese movimiento de ascenso de rebeldía contra el neoliberalismo.

Nos acusan, muchas veces, de que hacemos críticas muy radicales al actual gobierno y de que queremos que el gobierno de Lula fuera un gobierno revolucionario y que hiciera transformaciones radicales en la sociedad brasileña. Sin embargo, no era eso en verdad lo que yo pretendía cuando voté a Lula.

Quería un gobierno más o menos reformista. No era necesario que fuera maravillosamente reformista. Un poquito reformista. Y el gobierno de Lula no fue ni reformista ni un poquito bueno, fue un desastre. Pero no nos confundamos: las medidas reformistas no generan revolución alguna. El problema es que el capitalismo contemporáneo, al negar cualquier posibilidad de concesión a los trabajadores y al pueblo, hace que una política reformista sólo sea posible si apuntara realmente a la transformación radical de la sociedad. Cualquier política reformista sólo puede consolidarse en nuestros países si apunta a la revolución y el anticapitalismo.

Y no fue eso lo que vimos con el gobierno de Lula, fue muy diferente, porque no hay que esperar de un gobierno, sobre todo con las alianzas que se hicieron, una política en ese sentido. Y tampoco el movimiento popular en Brasil tuvo condiciones para mantener su autonomía y para garantizar lo que todos nosotros estamos de acuerdo, la necesidad de un trabajo de conscientización, organización y movilización.

En Brasil, el movimiento popular no fue a las calles, no tuvo condiciones de rebelarse contra la política pro-neoliberal del gobierno actual, no tuvo condiciones de realizar una insurgencia, único camino capaz de permitir que se cambiara la orientación de ese gobierno.

Insisto, el gobierno ha logrado a través de diferentes mecanismos incluso cooptar líderes, importantes líderes. El cambio de ministros en estos últimos tiempos, la sustitución del Ministro de Trabajo y la designación para ese puesto del Presidente de la Central Única de Trabajadores (CUT) no es concesión a los trabajadores, es un paso más en la consolidación del modelo. Un intento en ese sentido.

Tal vez uno de los pocos movimientos que se hayan salvado en Brasil porque mantuvo su autonomía, porque mantuvo su estrategia de un trabajo de largo plazo de conscientización, de organización y de movilización diaria, es el Movimiento de los Sin Tierra (MST). En este momento se nos presenta como la esperanza. Tal vez la grave crisis política y ética que ustedes han estado sintiendo en estos días en Brasil sea el punto de partida de la reconstrucción del movimiento popular en Brasil. Tal vez ella sea el inicio de nuestro intento de dar vuelta la derrota que sufrimos.

Para concluir: ningún proceso antineoliberal en este momento logra éxito, si no apunta a un proceso anticapitalista. En segundo

lugar, ningún país en América Latina, grande o chico, tendrá éxito en una política de reformas, en una política antineoliberal, una política anticapitalista, solo. Ningún país. Sólo será posible una victoria en ese proceso si estamos unidos. Y la idea fuerza que me atrevo a proponer, pese a la falta de originalidad, es: ¡explotados de América Latina, uníos!

CLAUDIO LOZANO

LA EXISTENCIA, EL DESARROLLO, EL IDEARIO y los actores sociales de las dos grandes experiencias históricas populares importantes que tuvo Argentina –el peronismo y, anteriormente, la Unión Cívica Radical (UCR)– no tienen que ver con el país actual. Se podría afirmar, que luego de las transformaciones operadas por la dictadura militar y todo el proceso de reestructuración económico, social y político, estas estructuras quedaron prácticamente girando en el vacío. El molde con el que se definió históricamente la experiencia radical fue el de ser el partido de los sectores medios, por lo que la involución de estos sectores ha dejado sin base a la UCR. La experiencia del peronismo, fuertemente atada a la dinámica de los trabajadores y su intervención política, tampoco tiene nada que ver con la situación actual.

Estas dos estructuras, clave de la experiencia popular, a partir de sus diferentes etapas de participación en la gestión del Estado posdictatorial fueron anudando su discurso y articulación de intereses con los sectores dominantes, revelando a su vez una absoluta imposibilidad de vertebrar alguna relación con la nueva realidad de los sectores populares. Me refiero a vertebrarla en función de volver a expresar lo que alguna vez expresaron, que fueron experiencias de mayor o menor avance social.

Este marco de debilitamiento y desarticulación del viejo sistema, en términos de lo que expresaban, está atado a la crisis del Estado nacional, porque ellos son tributarios de la configuración del Estado nacional. En este sentido hay un tema que es el de seguir pensando como objetivo central del accionar político la ocupación del aparato estatal. Ese fue el núcleo rector de las experiencias de organización política de nuestros sectores populares, porque el Estado nacional era el que tenía la capacidad de plantear un tipo de relación distinta con el capital: ya sea para hacerlo desaparecer y construir otra sociedad o para regularlo de otra manera.

La forma “partido” así como las formas “movimientistas” que tuvimos o supimos construir estuvieron, en mayor o en menor medida, fuertemente atadas a la concepción de que con el Estado se resolvía todo. Hay una diferencia sustantiva entre ocupar el aparato estatal y tener la capacidad de proponer un nuevo tipo de regulación

pública que garantice otra forma de funcionamiento de la sociedad. Son dos cosas que no necesariamente transitan por el mismo terreno. La viabilidad de una reforma impositiva sería en nuestro país no se resuelve en el terreno de la ocupación del aparato del Estado, sino que se resuelve en la capacidad concreta de haber vertebado un proceso de organización popular mucho más importante.

El grado de densidad social necesario para construir otro tipo de regulación pública hoy parece ser de una dimensión diferente al que existió en otros momentos en nuestros países. La forma “partido” entendida como una concepción política que concibe la idea de que ocupando el Estado se resuelven los problemas está en crisis y esto supone otro tipo de mirada, otro tipo de práctica y otro tipo de construcción absolutamente indispensable para abrir nuevas perspectivas.

En ese sentido, no hay ninguna posibilidad –con la institucionalidad existente– de garantizar márgenes de autonomía para un proyecto diferente. Esto es, con autonomía respecto al poder existente hoy en nuestra sociedad. Se necesita desbordar la institucionalidad actual, construir otro tipo de institucionalidad, pensar nuestras organizaciones como parte de la construcción de nuevas instituciones.

Si se piensa en una Central de Trabajadores solamente como una experiencia reivindicativa y no como una institución con capacidad de intervenir y regular de otra manera las relaciones capital-trabajo en la dinámica concreta y cotidiana nos equivocamos. Si no puedo pensar esa central haciéndose cargo del conjunto de la realidad popular –y no solamente de un fragmento de sindicalización formal– estoy también equivocado. No se puede con la institucionalidad existente resolver el problema de la construcción del nuevo tipo de regulación pública que pueda dar lugar a un modo de funcionamiento de la sociedad en mejores condiciones de justicia, soberanía y democratización.

Más específicamente, en el caso argentino, estas contradicciones están a la orden del día. Lo más productivo que tiene la etapa política que se ha abierto en nuestro país es que se le produjo un golpe sumamente significativo al ideario neoliberal. No hay discurso político que se pueda legitimar en la Argentina actual si no es confrontándolo con la década del noventa. Y esto abre un espacio de posibilidades. Ahora, luego de abrirse este espacio de posibilidades, vienen otros discursos tendientes a cerrar y a producir nuevos sentidos, que en realidad son viejos. Volver a situar la idea del derrame y la generación del empleo como un modo de afrontar la nueva etapa es parte de la puesta en escena de un discurso viejo que viene a ocupar el lugar del cuestionamiento al neoliberalismo, cuando en realidad tiene puntos de articulación muy precisos con él.

En segundo lugar, las apelaciones a la burguesía nacional que están presentes en el vocabulario oficial son otra retórica que remite al pasado. Cuando uno analiza la cúpula empresarial de Argentina, de las 200 empresas más importantes, 136 son extranjeras. Y éstas 136 representan el 70% de las ventas y el 80% de las utilidades. Lo que nos muestra que en los núcleos centrales que reproducen el funcionamiento de la economía argentina la burguesía nacional no está. No hay ninguna posibilidad de pensar una estrategia de desarrollo que no suponga la construcción de otro actor que lidere; y ese otro actor no es otro que alguna forma de articulación de una economía de carácter público y social, y que indudablemente tiene en el replanteo del proceso privatizador y la reversión de la concentración de los medios de producción una de las claves de las discusiones.

Hay un discurso que reenvía sistemáticamente al viejo sistema, la propuesta a nuestra central no es: “discutamos la estrategia de un proyecto colectivo, qué lugar tienen los trabajadores y cómo una mayor organización puede sostener una perspectiva distinta”. La propuesta es vení y sé candidato de mi estrategia electoral. Si no lo hacés, además, estás enfrente.

El discurso del derrame, la apelación a la burguesía nacional y reenviarnos a la lógica del sistema político tradicional, son elementos que cierran la apertura política que la sociedad argentina logró a través de su proceso de movilización y cuestionamiento en el período anterior.

Es una discusión sobre qué es lo que reenvía al pasado. El pasado no es sólo el capitalismo. Hay parte del socialismo también en el pasado. Pero esa es otra discusión. Porque el tema implica la capacidad de encontrar palabras que nos permitan enunciar y construir sujetos nuevos. Y en qué medida las palabras como “socialismo” siguen moviendo multitudes en nuestras sociedades es por lo menos un debate. ¿Cuánto hay de pasado en la palabra “socialismo”, incluso para quienes reivindicamos esa tradición? Lo que está atrás no es sólo el viejo capitalismo nacional, sino también una vieja experiencia socialista.

Es muy importante llegar al fondo en nuestras diferencias. No sólo en las que tengamos entre nosotros, sino las diferencias de nuestras realidades. La única forma de poder hacernos cargo de lo común, es que veamos a fondo las complejidades, porque si no hay estrategias que estén enancadas en reconocer las realidades nacionales es muy difícil poder articularnos en estrategias más comunes. Entiendo perfectamente a los compañeros que son tributarios de la experiencia del Frente Amplio en Uruguay o del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil, porque han venido construyendo durante años y hoy tienen gobernando a representantes de esta experiencia. Pero ésta es una realidad política totalmente diferente a la nuestra. Me refiero a una parte muy importante de la experiencia popular

nueva construida en la Argentina posdictatorial que no vino construyéndose nada con el justicialismo ni con Kirchner. En todo caso Kirchner encarna determinada etapa, pero es hijo de otra estrategia. Entiendo la discusión en torno a Lula y a Tabaré porque son parte de una misma construcción y una misma estrategia. Ahora no le puedo decir a Kirchner qué hace o deja de hacer, porque no es parte de mi estrategia. Consecuentemente ubicar la discusión implica ubicar etapas diferentes de la construcción popular en cada uno de los países. No es la misma situación.

Para evaluar nuestros procesos políticos, el tema de “los gobiernos progresistas”, debemos analizar en qué etapa realmente creemos que estamos. Los procesos políticos que se han dado en la región, caso Chávez, caso Tabaré, caso Lula, el propio proceso de Argentina, lo que está ocurriendo en Bolivia, son emergentes de una reacción popular efectiva frente a la experiencia que el neoliberalismo planteó en la región.

En ninguno de los casos, aunque cada uno es distinto, el movimiento popular las ha tenido todas consigo. No son procesos puros en donde coronamos un proceso de movilización popular ocupando el aparato del Estado con toda nuestra capacidad para gestionar la sociedad de otra manera. Estamos en situaciones de transición en donde no está muy claro hacia adónde vamos. Porque el manifiesto que necesitamos para esta etapa tampoco está muy claro. El tema es cómo se evalúan esas transiciones.

Lo clave es cómo en estas transiciones no se pierde lo central, cómo se sigue potenciando la capacidad de vertebrar una nueva institucionalidad popular. Si la transición no sirve –llámese Lula, Tabaré, Kirchner, Chávez– para potenciar una nueva institucionalidad popular que –más allá que no sepamos cómo–, es la única garantía de una perspectiva diferente, entonces la transición no sirve, por lo menos para lo que nosotros queremos hacer. Esa tarea no es sólo de los gobiernos, es también de las organizaciones populares. Más que enredarnos en el debate sobre los pro y contra de los gobiernos, el tema es cómo se construye o convence o discute con la sociedad para que soporte una perspectiva distinta.

Este es el debate que está instalado para las fuerzas populares, en un escenario donde el aparato estatal, en las condiciones de esta transición, tiene muy poco que darle a los sectores populares en términos concretos, a diferencia de lo que sucedía en las décadas del cuarenta o del cincuenta, donde había alguna capacidad de intervención modificando la vida cotidiana de la gente. Cualquier estrategia popular tiene que tener en cuenta que la gestión debilita si no hay posibilidad de vincularla con un afuera que potencie alguna construcción. Si estamos todos gobernando y no se pueden producir cambios cualitativos en las condiciones de vida de la sociedad y no

tenemos reservas en términos de organización popular, estamos complicados.

Por otro lado, el eje para evaluar las transiciones debería ser en qué medida estos gobiernos están permitiendo potenciar el desarrollo de sus organizaciones populares.

MARCELO ABDALA

DESDE NUESTRA EXPERIENCIA URUGUAYA, pero ubicando algunas claves de pensamiento de carácter continental es necesario pensar cuál es el espacio de actuación del Estado-nación en esta situación. Estamos convencidos de que –por su propia naturaleza– el capital tiende al mercado mundial con la misma necesidad que una planta tiende al sol. Hay al día de hoy una serie de transformaciones –la revolución tecnológica en curso que lleva a algunos a pensar incluso en un nuevo paradigma tecno-económico; las empresas transnacionales funcionan como sistemas integrados de producción internacionales y por tanto organizan redes de producción a nivel planetario; el papel de los organismos financieros transnacionales; el desarrollo de una tecno-burocracia transnacional–, que están marcando que estamos en un nuevo estadio en el propio funcionamiento de la formación social capitalista a escala planetaria.

En ese sentido, paradójicamente, la mejor demostración de la exactitud de la teoría del valor marxista la encontramos todos los días cuando los capitalistas fundamentan, a la hora de definir el valor de la fuerza de trabajo, cuestiones comparativas con los salarios en Indonesia, Vietnam o China. Esto es que, efectivamente, una mercancía vale en función del tiempo de trabajo socialmente necesario invertido en su producción en un sistema que se ha dislocado, que se ha transnacionalizado y que implica una red de carácter planetario.

Desde nuestra óptica, como cada movimiento tiene su contramovimiento en el funcionamiento de la sociedad y como parte de la respuesta al fenómeno de la mundialización del capital, ha surgido el desarrollo de los bloques regionales, ya sea en Asia o en Europa, mismo en Norteamérica o algunas incipientes e insuficientes experiencias en América Latina, con el razonamiento de que el capital en su surgimiento, para crear mercado interno, desarrolló los Estados-nación y en esta etapa está creando también instituciones de carácter transnacional.

No sería correcto afirmar que el Estado-nación no tiene ninguna posibilidad de desarrollar políticas públicas en este marco. El propio peso y el papel de los Estados en las economías capitalistas centrales demuestran que eso no es así; los sectores estratégicos en los mismos fueron privatizados, cuando los capitales nacionales en

esos países, a través de esas privatizaciones, se potenciaban y se convertían en capitales transnacionales.

En América Latina hay experiencias de ex empresas públicas europeas que hoy están actuando como transnacionales en el continente. Este aspecto me parece importante porque, de lo contrario, estaríamos renunciando a cualquier marco de acción colectiva, y para eso la política es una cuestión por excelencia que permite transformar la sociedad. Aunque hay que tener en cuenta esa dimensión continental y a nosotros nos parece que se concretará o no en el tiempo, ese sujeto universal encuentra en los trabajadores, que son universales por excelencia, la posibilidad de una arena internacional refundada a los efectos de poder constituir sujeto también en ese plano.

Por otra parte, en relación con la caracterización de la situación nacional estamos en un nuevo estadio de un proceso de acumulación de fuerzas en el país; en una situación política de un carácter cualitativamente superior, distinto incluso a todo lo desarrollado en las luchas populares uruguayas. Es muy debatible, pero desde mi óptica no hay dos respuestas, estamos en un nuevo momento continental, en función de que las cristalizaciones políticas que se están desarrollando responden a una nueva conciencia popular y al desarrollo del colapso del neoliberalismo, no para resolver el problema de la ganancia de las clases dominantes sino para resolver el problema de la satisfacción de las necesidades de la gente.

En el marco de este nuevo panorama al mismo tiempo sumamente contradictorio, desde nuestra perspectiva no es correcto analizar solamente la situación continental como la suma de situaciones de carácter nacional.

Por la propia característica de la formación económico-social de América Latina, con todas sus asimetrías, sus diversidades, sus desigualdades, en la actual fase del desarrollo del capitalismo, es un continente con una economía subdesarrollada, periférica, con respecto a los países capitalistas centrales. Históricamente ha tenido un componente estructural de dependencia con la potencia hegemónica capitalista de turno, al mismo tiempo que al calor de determinado proceso histórico de sustitución incompleta de importaciones, (porque no logró desarrollar producción en el sector I, en maquinaria y en equipo, medios de producción, bienes de capital, desarrollo tecnológico endógeno), tiene salpicados determinados enclaves de cierto desarrollo industrial; asimismo tiene una cultura común y procesos de lucha que son de carácter continental. Potencialmente es, por tanto, el eslabón más débil en la cadena de la mundialización del capital.

Los componentes estructurales que llevaron a que América Latina se insurreccionase toda junta al calor de la revolución cubana, que estuviera teñida de negro en el Cono Sur a partir de una

contraofensiva del imperialismo norteamericano plagando de dictaduras el continente, que recuperáramos más o menos todos juntos la democracia –aunque en virtud de las políticas neoliberales no fue democracia profunda, participativa, sino democracia de poca intensidad– y que, hoy por hoy, estemos analizando el desarrollo, las contradicciones, las tensiones, de distintas perspectivas de cristalizaciones políticas en el gobierno como vectores de cambio, están hablando de que efectivamente nosotros estamos hoy en la dinámica “avances populares-reacción-revolución-contrarrevolución-proceso de cambio” en una etapa distinta cualitativamente.

No existe ninguna perspectiva de cambio social en América Latina si no se profundiza un concepto de integración latinoamericana que trascienda las declaraciones y se hagan más densas las relaciones comerciales entre nuestros pueblos.

Y en ese sentido, para un proyecto de cambio, si las fuerzas de alternativa, revolucionarias, de avanzada, de izquierda, el movimiento obrero, no construyen una estrategia de desarrollo productivo que conteste el funcionamiento espontáneo del mercado que reproduce y amplía las relaciones centro-periferia, no vamos a estar en condiciones de parar una alternativa a lo que efectivamente queremos contestar. Y la perspectiva de una integración latinoamericana es principalmente la puesta en movimiento de una estrategia de desarrollo productivo distinto, centrado en nuestro pueblo, en los trabajadores y en las inmensas mayorías de nuestras sociedades.

Quiero polemizar con un aspecto que desde la experiencia uruguaya es un error conceptual muy grande. Esta hora de América Latina es la hora de amplísimos frentes contra el neoliberalismo que van construyendo la posibilidad de articular proyectos de país y proyectos de América Latina contrapuestos a la hegemonía incontestada del capital financiero transnacional y sus bloques de poder y en cuyo seno, efectivamente, se trata de bloques de carácter histórico, complejos, de tejidos de alianzas de extrema amplitud, aunque desde el momento en que se están construyendo son arcos, digamos, absolutamente contradictorios y tironeados para distintos lugares.

Por eso afirmamos que éste es un gobierno en disputa y tenemos en ciernes un proceso de organización popular, de acción y de trabajo en el cual lo que está en juego es quién hegemoniza el proceso histórico. En Uruguay se debatió la cuestión de la burguesía nacional, muy controvertida la hipótesis del rol de esta suerte de lumpen-burguesía que tenemos en América Latina, de sectores vinculados a los capitalistas pero con un criterio absolutamente rentístico, no emprendedor. Increíblemente quienes más discutieron las hipótesis de que la clase obrera uruguaya, sin desdibujarse, sin dejar de ser quién es y desarrollar su organización e inclusive confrontándose con esa lumpen-burguesía nacional, podía tener espacios de intersección y de acción conjunta, de alianzas potencia-

les con esos sectores, quienes más criticaron esas tesis fueron luego quienes –desde el punto de vista político y electoral– más canalizaron la presencia actual de algunos sectores pequeños, medianos y grandes digamos de capitalistas de la ciudad y del campo que hoy están ocupando algunos cargos del gobierno y que nosotros los trajimos el 16 de abril del 2002.

Entonces, desde nuestra óptica, sería un disparate ir a una táctica –para llamarlo de alguna manera y no siendo ofensivo, sino caricaturizando para la discusión–, de clase contra clase. Son mucho más complejos los procesos políticos y sociales que nosotros tenemos que hacer. Porque además tenemos dos situaciones muy concretas, la disputa hegemónica pasa por la construcción de una nueva institucionalidad en el Estado, dado que los mecanismos, los aparatos, las reglas de juego, los personales que además son los mismos que estaban antes, no sirven para desarrollar otro proyecto de país; país de estrategia de desarrollo productivo, de desarrollo social y desarrollo democrático y la máquina del Estado que sirvió para impulsar el modelo excluyente no sirve para impulsar estos cambios.

Y un subproducto que nosotros nos tenemos que plantear es la superación de lo que Gramsci llamaba crisis orgánica. Cuando los partidos quedan como documentos histórico-políticos de las situaciones de sus clases que ya no existen, esto es, quedan como anquilosados en una situación que ya no existe. Un subproducto de toda esta situación va a ser un crecimiento importante del movimiento obrero, de la movilización y de la lucha de los trabajadores, un crecimiento importante de todo su sistema de alianzas.

Por tanto, la fase de transición no es de cómo se caracterice al gobierno, ni de cómo nosotros miremos en forma contemplativa adónde va este proceso, sino adónde lo vamos a llevar nosotros. Y un subproducto también habrá de ser las nuevas configuraciones políticas que se planteen una estrategia de avance democrático, inclusive hasta límites no tolerables por las clases dominantes y, por tanto, potencialmente anticapitalistas, pero en un proceso en movimiento en donde habrá que construir no nuevos sujetos, sino sujeto viejo pero refundado. En ese cuadro también, creo que justamente una dirección de trabajo central es la refundación, la reconstrucción del movimiento popular y especialmente del movimiento obrero en todas sus expresiones, sociales, culturales y políticas.

LUIS SUÁREZ SALAZAR

A LA HORA DE ABORDAR algunos de los problemas que estamos discutiendo tiene una gran pertinencia la teoría de la complejidad, ya que todos nos estamos moviendo en situaciones altamente complejas. Mirada de un modo holístico, esa complejidad se ha tratado de expresar como una transición planetaria entre grandes ciclos históricos del tipo de los que nos ha planteado Immanuel Wallerstein.

Probablemente sea imprescindible tomar en consideración ese marco analítico, en tanto no es la primera vez en la historia que se desarrollan reflexiones sobre las alternativas que, en el ámbito nacional o global, tienen que enfrentar los procesos de cambio favorables a los intereses populares. Por ello considero que tenemos que darle una cierta perspectiva histórica al análisis de los problemas que tienen que enfrentar los procesos de cambio que actualmente se están produciendo en América Latina.

Los que venimos de la cultura marxista recordamos que *El Manifiesto Comunista* surgió precisamente de una discusión parecida: cuál era el proyecto para la sociedad y para el mundo; cuáles eran las alternativas que tenían que enfrentar los diversos destacamentos del entonces naciente movimiento obrero y socialista para superar el capitalismo.

Fue en esa discusión que Marx planteó que “la burguesía no tenía fronteras”, que los proletarios tampoco y que, por tanto, era necesario plantearse un proyecto de transformación social que trascendiera las fronteras nacionales. De manera que esa idea “internacional” está planteada desde los orígenes mismos del pensamiento marxista y socialista y que la discusión que hoy estamos abordando no es totalmente nueva.

Más aún, esa discusión acerca del carácter multinacional y transnacional del movimiento obrero y socialista, con sus diferentes complejidades, fue la que en los años posteriores a *El Manifiesto Comunista* dio origen a la Primera, a la Segunda, a la Dos y Media, a la Tercera y a la Cuarta Internacional; ya que estaba claro que las luchas en cada país tenían que tener una articulación transnacional, global; porque ni el capitalismo, ni la burguesía, ni las clases dominante, ni las clases dominadas tenían fronteras. En la fase imperialista del capitalismo, Lenin volvió a esa discusión y, ampliando lo planteado por Marx, lanzó la consigna: ¡Proletarios y pueblos oprimidos de todo el mundo, uníos!

Siempre me ayuda regresar a esos antecedentes cada vez que participo en las discusiones que actualmente se están dando en torno a cómo entender “la globalización”, ya que, en mi opinión, resulta imposible entenderla sin volver a la discusión de lo que Marx llamó “la vocación internacional del capital” y de lo que Lenin denominó

“el capitalismo monopolista”, “el imperialismo” o “el fenómeno imperialista”.

De modo que todos los temas de nuestro debate de hoy tienen raíces históricas muy profundas. Tantas que, a comienzos del siglo XX, una discusión parecida a la que a hoy estamos reeditando provocó la división del movimiento obrero y comunista internacional en torno a si era posible o no la revolución y la construcción del socialismo en un solo país.

En aquel momento Lenin encontró una respuesta que partía de sus conceptos acerca del desarrollo desigual del capitalismo y de lo que llamó “los eslabones débiles de la cadena de dominación imperialista”. A partir de ese planteamiento teórico de Lenin se realizaron diversos ensayos históricos en los que en la práctica se demostró que sí era posible romper ciertos eslabones débiles de la cadena de dominación imperialista; que esa cadena tenía muchos eslabones débiles; pero que –a diferencia de lo que había pensado Marx– éstos no estaban en el mundo “desarrollado”, sino en el mundo subdesarrollado y dependiente. Vinieron entonces las revoluciones rusa, china, vietnamita, cubana; todas ellas articuladas con las luchas por la liberación nacional y social de diferentes países del ahora llamado Tercer Mundo y con las luchas por la liberación social del Primer Mundo.

Por eso creo que nosotros, en nuestros ejercicios teóricos, siempre debemos recordar algunas de esas facetas de la historia. Pero también debemos tener presente –y para mí esto es un problema central– que ninguna de las tendencias que en la actualidad estamos observando –llamémoslas como las llamemos– son mecánicas ni están predeterminadas por una especie de “destino manifiesto”. La idea de que son las estructuras las que determinan el movimiento de las cosas ya ni siquiera la aceptan las ciencias naturales. De manera que el rol que tienen los sujetos sociales, su acción consciente y su organización tienen una importancia determinante –en algunos casos decisiva– en el curso y desenlace de este momento de la historia que estamos analizando.

Para mí ese es un problema central a la hora de pensar todos los temas que estamos discutiendo y es lo que realmente le da sentido a nuestra discusión, porque lo que estamos discutiendo no sólo es cuáles son, en términos teóricos, las alternativas que tienen ante sí los procesos de cambio que se están produciendo en el continente, sino también encontrar respuestas acerca de cuáles son los sujetos socio-políticos que van a ser capaces de llevar a la práctica esas alternativas. De lo contrario, podemos elaborar el mejor manifiesto del mundo, más lindo que *El Manifiesto Comunista*, pero si no definimos cuáles son los sujetos socio-políticos que lo van a llevar a la realidad, simplemente nos quedaríamos en un bello ejercicio intelectual.

Retomo todos esos aspectos porque, desde mi punto de vista, dado el alto grado de transnacionalización del capitalismo actual, no hay muchos espacios para el despliegue de luchas nacionales aisladas entre sí. Entonces, ¿qué sentido han tenido en la historia latinoamericana más reciente las luchas nacionales y las luchas por espacios regionales y locales aun dentro de contextos nacionales controlados por Estados capitalistas más o menos dependientes de la oligarquía financiera transnacional y de las principales potencias imperialistas?

En todos esos ámbitos se han dado luchas. Unas se han ganado, otras se han perdido. Unas se han llevado a sus últimas consecuencias, otras se han quedado en el camino. Unas han dejado organización popular y otras no han dejado nada. Unas han permitido acumular experiencias y poder y otras no. Sin dudas ha sido y es así; pero esa es la dinámica en que hemos estado, estamos y estaremos permanentemente inmersos los que pensamos en un proyecto alternativo, porque, en última instancia, el proyecto alternativo no va a salir de las luchas de sujetos sociales aislados, sino de la conjunción de las luchas de diversos sujetos sociales en diversos espacios locales, regionales, nacionales, continentales, transnacionales.

Es hacia eso que tienen que apuntar nuestras discusiones: hasta dónde todo lo que en este momento está ocurriendo en el continente –e incluyo la propia experiencia cubana– nos va a dejar una nueva calidad de organización, un incremento del poder de los diversos actores sociales; hasta dónde los procesos de hoy nos sirven para avanzar hacia la construcción de alternativas y de sujetos socio-políticos capaces de disputar el poder de las clases dominantes y de las principales potencias imperialistas; en particular, del imperialismo norteamericano. Ya que si los diversos procesos de cambio que en la actualidad se están desarrollando no sirven para avanzar en esas direcciones, simplemente, no van a llegar a sus últimas consecuencias, a sus últimas cualidades.

Hoy no estamos en los años noventa cuando el derrumbe de los falsos socialismos europeos generó una etapa de reflujo, en la que nadie –o muy pocos, para no ser absolutos– sabía qué hacer en ese momento de aniquilamiento de los “socialismos primitivos”. Este momento de la historia latinoamericana y probablemente mundial es otro momento del movimiento popular y eso lo podemos ver de norte a sur y de este a oeste, desde México hasta Chile; lo podemos analizar caso a caso. Entonces ahí es donde tenemos que colocarnos para avanzar en nuestras reflexiones, para poder llegar al fondo de los temas que nos convocan.

En ese contexto, creo que tenemos que mirar la experiencia cubana como un laboratorio social, del cual –como en todo laboratorio– a veces se aprende tanto o más de los errores que de los éxitos. También tenemos que mirar como un laboratorio social lo que está

pasando en Venezuela; tenemos que estar preparados para ver cosas inéditas. No todo está escrito en un libro o en un manual por bueno que éstos sean; ni siquiera lo que pasó en Cuba estaba escrito en un manual. En ese país había un proyecto de transformación revolucionaria y ese proyecto, poco a poco, se fue desarrollando y precisando en las multiformes luchas contra sus adversarios. Tal vez si la política norteamericana hubiese sido otra, el curso de los acontecimientos cubanos hubiese sido otro. Eso no se sabe y no podemos escribir la historia como la probabilística.

En relación con las alternativas económicas también tenemos que mirar otros laboratorios sociales, aunque estén distantes. Por ejemplo, lo que está ocurriendo en la República Popular China. ¿Podemos decir que lo que está ocurriendo en ese país se hizo y se está haciendo en nombre del capitalismo, del capitalismo neoliberal, con independencia de las opiniones que tengamos respecto a la apertura de la zona sur del país y de sus articulaciones con el capital transnacional? También tendríamos que analizar la reforma económica vietnamita, así como las prácticas en otros lugares del mundo donde podamos encontrar experiencias útiles para los proyectos alternativos en la esfera de la economía.

No obstante, parto del criterio de que eso que llamamos “la alternativa económica” va a ser fruto de la correlación de fuerzas políticas y sociales que exista en un momento y en lugar determinado. Por muy clara que la tengamos elaborada, al final la implementación de una u otra “alternativa económica” será un problema vinculado a las relaciones de poder; o sea, con qué fuerzas socio-clasistas internas o externas tenemos que enfrentarnos; qué poder relativo tienen esas fuerzas; qué decisiones políticas hay que tomar y con qué posibilidades y fuerzas cuenta el movimiento popular y los gobiernos afines a éste para enfrentarse a sus adversarios y para resolver los problemas de “la economía”. Ojalá Cuba hubiera tenido la renta petrolera venezolana, pero no la tuvo. Si la hubiera tenido, quizá la revolución cubana hubiese sido diferente.

En esa correlación de fuerzas y en esa dialéctica entre la política, la sociedad y la economía, algunos de los temas que dejó planteado el estructuralismo, el desarrollismo, “el desarrollo hacia dentro”, “el desarrollo desde adentro” u otras propuestas posteriores de la CEPAL –como la “transformación productiva con equidad”– aún pueden ser retomados por el “proyecto alternativo”; en tanto algunos de los problemas planteados por lo mejor del pensamiento de CEPAL siguen presentes en la actual realidad latinoamericana y caribeña. Además, desde mi punto de vista, uno de los problemas que siempre tuvo y todavía tiene el pensamiento de la CEPAL fue y es pensar que había y hay una burguesía nacional en América Latina capacitada para llevar adelante los proyectos “cepalinos”.

Pero si se lee bien la experiencia de los primeros años de la revolución cubana, se encontrará que lo que ésta trató de hacer fue la aplicación del pensamiento desarrollista-cepalino en las condiciones de una hegemonía social y política distinta. Lo mismo podría decirse respecto a lo que he llamado “la reestructuración superheterodoxa de la sociedad y la economía cubanas” llevada a cabo en los años noventa. En esa reestructuración y movidos por la consigna de salvar los logros de la revolución y el socialismo, tal vez encontraremos algunos de los elementos del manifiesto “transformación productiva con equidad” divulgado por la CEPAL en 1993. Y en Cuba se ha estado produciendo una transformación productiva, lenta, compleja, pero sin que se haya abandonado el propósito de garantizar la equidad en la esfera social; lo que no quiere decir que esas “reformas superheterodoxas” no hayan transcurrido y no estén transcurriendo en medio de diversas contradicciones sociales, políticas e ideológica-culturales.

Pero, en última instancia, la experiencia cubana demuestra que tanto las “reformas” que se emprendan, como la solución progresiva de las contradicciones por ellas generadas surgen de una correlación de fuerzas sociales y políticas y están vinculadas a las fuerzas sociales y políticas que hegemonizan y conducen los procesos socioeconómicos y políticos; en particular, ciertos procesos (aún inconclusos) de construcción de los Estados nacionales-populares que están a la orden del día en América Latina y el Caribe; obviamente, pensándolos de una manera diferente y una escala “nacional” diferente a la que se pensó años atrás. Esto era verdad hace tiempo, pero hoy es más verdad que nunca: es prácticamente imposible pensar proyectos nacionales en América Latina sin pensarlos regional o continentalmente.

Por ello insisto en que “los proyectos alternativos” únicamente nacionales, en la actualidad no tienen ningún sentido. La dialéctica entre lo local, lo nacional, lo continental, lo regional andino, lo regional amazónico, centroamericano o caribeño, o sea entre “lo latinoamericano” en su articulación con otros procesos de resistencia a la llamada “globalización neoliberal”, así como de construcción de alternativas en otras partes del mundo es imprescindible para pensar los proyectos alternativos al orden dominante. Ello implica reconstruir la ya mencionada idea de que los cambios sociales y políticos favorables a los intereses populares siempre se han pensado internacionalmente; cosa que, por otro lado, también han hecho las clases dominantes y sus representantes políticos en sus correspondientes internacionales socialista, socialcristiana, demoliberal, etcétera. A éstas habría que agregar “la internacional de la represión”, el Grupo de los Ocho (G-8) y otras instancias que tienen que ver con la articulación de sus relaciones transnacionales dirigidas, a pesar de sus contradicciones, a consolidar y expandir su poder.

De ahí que debamos afinar nuestras ideas vinculadas a la dialéctica entre lo local, lo nacional, lo continental, “lo global” y las diferentes sensibilidades que en ese orden existen o se están construyendo a través del Foro Social Mundial. También debemos discutir hasta dónde la llamada “globalización” es como un tren que sólo tiene un punto de partida y un punto de llegada o si, a la inversa, ese tren tiene muchos puntos de salida y muchos puntos de llegada, según la correlación de fuerzas específicas que exista en un momento y en un lugar determinado. Tenemos que problematizar esos temas.

Por otra parte, la cultura marxista ha tenido la claridad para establecer las diferencias que existen entre “un sujeto en sí” y “un sujeto para sí”. La transformación cualitativa entre uno y otro pasa por la responsabilidad que tenemos los intelectuales orgánicos en las luchas populares y que tienen las fuerzas políticas, el movimiento político popular para identificar a esos “sujetos en sí” y transformarlos en “sujetos para sí”, incorporándolos a proyectos políticos, sociales, de transformación en las diferentes escalas donde éstos actúan.

De manera que cualquier análisis y cualquier discusión que realicemos sobre los desafíos y las alternativas de América Latina y el Caribe en el terreno económico, tenemos que colocarla dentro de una problemática mayor, que es la problemática del desarrollo de las luchas sociales y de clase en cada uno de nuestros países y a nivel del continente con sus correlatos a “escala global”.

En ese orden la revolución cubana replanteó la necesidad de impulsar el proyecto de unidad latinoamericana que estaba presente en el pensamiento de los próceres de nuestras independencias; desde Miranda y Bolívar –para hablar del aporte venezolano– hasta el Che Guevara, pasando por José Martí y por todos los próceres y mártires de las luchas por la primera y la segunda independencia; esta última contra el imperialismo norteamericano.

Por tanto, el problema de la unidad latinoamericana y caribeña es un problema que tenemos que colocar en el orden del día de cualquier proyecto de desarrollo, de cualquier alternativa de cambio social que pensemos para América Latina y el Caribe. Ninguno de nuestros países, por muy grande, importante y relativamente fuerte que sea en el terreno económico, en las presentes circunstancias históricas, puede pensar ningún proyecto social alternativo al orden dominante que, de alguna manera, no tenga una articulación con los cambios sociales más globales que se están produciendo, con las luchas sociales y políticas que se están dando en todo el continente y en el mundo.

En ese sentido hay que colocar como un tema de reflexión del proyecto alternativo eso que se ha llamado “la integración económica de América Latina y el Caribe”. Para mí, la integración no sólo no debe, sino que no puede ser únicamente económica. Tiene que ser una integración multidimensional: económica, política, social y cul-

tural. De forma tal que los proyectos integracionistas que planteemos como parte del proyecto alternativo, tienen que surgir de una reflexión muy crítica, no sólo de las insuficiencias de los proyectos de integración existentes, sino del modelo económico del cual son frutos. La vida ha demostrado que incluso los proyectos de integración latinoamericana de “última generación” (como el Mercosur, la CAN, el SICA o la CARICOM), avanzan más o menos, pero sin que se superen ninguno de los problemas que afectan a los pueblos latinoamericanos y caribeños.

De manera que nuevamente hay que plantearse la pregunta: ¿integración para qué y para quién? Y eso implica un replanteo del modelo de desarrollo; implica demoler y cuestionar profundamente eso que se llama el modelo neoliberal, porque a través de ese “modelo” nunca habrá integración latinoamericana y caribeña. También tenemos que someter a un análisis crítico el concepto de “desarrollo hacia fuera” y colocar como eje del desarrollo nuestros mercados internos, nuestros mercados regionales.

En ese orden tenemos que someter en una profunda discusión los conceptos de CEPAL sobre el llamado “regionalismo abierto” porque, con independencia de su validez teórica para otras regiones del mundo, la vida ha demostrado que en América Latina y el Caribe esa integración es cada vez más “abierta” y menos “regional”, ya que las fuerza centrífugas que genera articulan de manera subordinada las economías latinoamericana y caribeñas con los principales centros del poder imperialista y no propician el desarrollo endógeno, el desarrollo desde adentro y hacia adentro de cada una de nuestras sociedades y del continente en su conjunto. Y sin ese desarrollo hacia adentro y desde adentro nunca habrá transformación productiva y mucho menos equidad social.

Obviamente, en esa discusión sobre la integración latinoamericana y caribeña no podemos desconocer que no hay, ni habrá integración latinoamericana y caribeña sin un pronunciamiento claro, nítido y radical contra el ALCA impulsado por los grupos dominantes en Estados Unidos y aceptados por las clases dominantes y los gobiernos de diversos países latinoamericanos; a través de diversas variantes bilaterales o plurilaterales, como ocurrió en el caso de Chile y en el acuerdo CAFTA-RD, firmado entre el gobiernos de Estados Unidos y los gobiernos centroamericanos, acompañados por el de República Dominicana.

El rechazo a esos proyectos tiene que formar parte de cualquier proyecto alternativo, ya que sin una ruptura con ellos será imposible el avance de ningún gobierno progresista ni de izquierda en la región. Es más no creo que pueda definirse como “progresista”, mucho menos “de izquierda” ningún gobierno de América Latina y el Caribe que no adopte una definición muy clara, no sólo frente al neoliberalismo, sino también frente al proyecto de integración su-

bordinada a sus necesidades geoeconómicas y geoestratégicas que están impulsando los grupos dominantes en Estados Unidos.

Porque el ALCA no es sólo un proyecto económico, forma parte de un proyecto de dominación mayor que tiene múltiples componentes militares, políticos, ideológicos y culturales dirigidos a desnaturalizar la identidad de nuestros pueblos. Y, hoy, los latinoamericanos y caribeños estamos obligados a pensar, otra vez en algo que dijo Bolívar hace muchos años: Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a plagar a las Américas de miserias en nombre de la Libertad. Sólo atendiendo esa advertencia bolivariana podremos hacer verdad nuestras justas aspiraciones de construir una América Latina justa, equitativa, digna, que a su vez sirva como un factor de equilibrio en todo el mundo.

ABRAHAM L. GAK

ME PARECE ABSOLUTAMENTE LEGÍTIMO e importante pensar cómo cambiar esta sociedad por otra sociedad. Pero, mientras tanto, en Argentina y en el resto de los países, donde todavía hay chicos que padecen hambre y no van a la escuela, jóvenes que ni trabajan ni estudian, gente que no tiene trabajo y que no lo ha tenido por generaciones –ya no se trata de que él no tiene trabajo, tampoco tuvo trabajo su padre ni tal vez su abuelo, ni lógicamente su hijo–, y hay ancianos que ni siquiera saben dónde pueden vivir, dónde pueden comer, debemos hacer algo.

Si bien hay que pensar cómo cambiar esta sociedad, también hay que pensar cómo construir algo diferente a lo que tenemos. La globalización no es algo que uno elige o no, es un dato de la realidad, es un sistema de poder que forma a las instituciones internacionales a imagen y semejanza de sus intereses.

El problema es cómo enfrentar eso para producir un cambio. No se trata solamente de conseguir empleo o comida para la gente. La intención fundamental es que cada hombre y cada mujer tenga derecho a una vida digna que comprende algo más que el dinero, la comida, las condiciones de la vivienda, etcétera. Para eso hay que construir consenso. Si no trabajamos para construir consenso vamos a seguir deliberando y pensando cómo cambiamos esta sociedad, pero mientras tanto la sociedad va a seguir avanzando a imagen y semejanza de los que ejercen el poder. Si no se logra un consenso para confrontar esos poderes concentrados, que ahora dirigen el destino de cada uno de nuestros países, esto no va a tener futuro.

Para hacer eso hay que formular una idea, un plan o un proyecto nacional que sea aceptado, discutido, cambiado, por diferentes actores sociales. Si no movilizamos a la sociedad tras un proyecto concreto, nos vamos a pasar la vida quejándonos y nada más.

Considero central la cuestión de cómo hacemos para trabajar tras un consenso. Eso significa trabajar con gente que piensa muy diferente, que incluso tiene intereses diferentes, pero ¿cómo congeniamos, cómo confrontamos y demostramos que ese futuro tampoco les sirve a ellos, a los otros que piensan o tienen intereses diferentes?

Es un trabajo largo, pesado, difícil, y hace que muchas veces podamos sentarnos con personas que piensan muy diferente y –sin embargo– podemos encontrarnos y buscar caminos en común.

No es fácil esa tarea porque requiere mucha comprensión y tal vez el abandono de principios básicos que uno puede tener, porque tiene que compatibilizarlos con otros que no comparten esos principios. Sí saber cuál es nuestro norte, cada uno puede tener su norte, puede pensar en una sociedad distinta, pero es esta la sociedad en la que estamos viviendo y desde luego que esta realidad no me convence ni me gusta y que quiero cambiarla. Pero creo que, mientras tanto, mientras hagamos el cambio de la sociedad, es necesario construir una sociedad diferente, una comunidad con intereses diferentes y con posibilidades diferentes.

ÁLVARO RICO

ME LLAMA LA ATENCIÓN la contradicción en varias de las intervenciones, que creo un poco injusta con la descripción de la situación real y los avances de la izquierda en este nuevo contexto. La contradicción surge cuando en diferentes intervenciones se afirmó que uno de los factores que caracteriza a la nueva situación latinoamericana positivamente es la ruptura del discurso neoliberal. Es más –en buena medida–, el cambio político en la región se debe al rechazo masivo de los electorados a ese discurso neoliberal y, por otro lado –y acá está la contradicción–, se pone un énfasis muy grande en resaltar la continuidad de las políticas neoliberales.

Esa contradicción hay que explicarla y analizarla. Quizá por las profesiones u oficios de muchos expositores se ha puesto énfasis en resaltar las continuidades económicas, y yo –para compensar un poco– me iba a referir a la importancia política que tiene la ruptura del discurso neoliberal y cómo eso hace a mejores condiciones para la izquierda para avanzar y construir un proyecto hegemónico.

En la ruptura del discurso neoliberal está la ruptura de una legitimidad que, por lo menos en nuestro país, duró veinte años en torno al tema del consenso de los intelectuales sobre las virtudes del sistema, lo cual no permitió pensar en alternativas, porque se partía del supuesto de ese consenso intelectual sistémico y eso se horadó. Ese consenso hoy no está en el conjunto de los intelectuales ni en el conjunto de la sociedad. Por otro lado, la legitimidad de ese sistema se construyó mucho sobre el predominio de lo fáctico.

La sociedad uruguaya vivió once años bajo gobierno de facto y después vivió veinte años sobre el poder de lo fáctico, sin capacidad de poder cambiar esa realidad. Y hoy, ese predominio de lo fáctico también está resquebrajado como principio de legitimidad del sistema neoliberal. Entonces me parece que la disputa en torno a legitimidades es muy importante, hace a un proyecto de la izquierda y está en mejores condiciones de discutir la legitimidad del proyecto de la izquierda, del socialismo, de la democracia, en esta nueva circunstancia.

Hay una ruptura del “discurso único”, del “discurso neoliberal”, un rasgo muy importante también en lo discursivo, que es la posibilidad de que al escenario de lo público accedan otros discursos, y no me refiero solamente a discursos sociales o de sujetos emergentes, sino otros discursos. Y allí también se va a medir la capacidad de la izquierda. Creo que en los pocos días de gobierno (y me remito al ejemplo uruguayo) la izquierda ha actuado bastante positivamente en ese sentido, con respecto a estos otros discursos, que inclusive compiten con el discurso económico de la izquierda.

También mido un proyecto de izquierda por el discurso que tiene sobre lo policial. ¿Cuál es el discurso de la izquierda sobre el tema de la criminalización de la sociedad (el discurso policial del Estado)? Por ahí también pasa la sistematización de un proyecto alternativo de izquierda y no solamente por el plano económico o social. En Uruguay hay un tono en el discurso policial de un Estado gobernado por la izquierda, que es muy diferente al discurso policial conservador del orden del Estado, o tiende a serlo, y también con relación al discurso de la criminalización.

Sucede lo mismo con los avances del discurso de los derechos humanos, que era parte de la lógica instrumental neoliberal y que ahora se ha puesto en el primer punto del orden del día, no solamente los derechos humanos heredados de la dictadura, sino también los derechos humanos herencia de la política neoliberal y del millón de pobres que nos deja. El gobierno de izquierda también tiene que ver con esto. Un discurso de la izquierda que también incorpora una nueva reflexión sobre el pasado reciente. Porque el discurso neoliberal había estereotipado de tal manera la interpretación de los años sesenta, para decir que cualquier protesta, cualquier reivindicación, nos iba a retrotraer a aquellos años. Entonces había que empezar a hacer una revisión muy importante, que la izquierda –por otra parte– había dejado de lado durante mucho tiempo: sobre qué pasó en los años sesenta y por qué se desembocó en la dictadura. Vía política de derechos humanos hay también un replanteo de la verdad histórica sobre los años sesenta y así sucesivamente.

Esos otros discursos incorporados al discurso genérico de la izquierda muestran una nueva situación e, inclusive, es un discurso

que compite en esa lucha interna de la izquierda por la hegemonía del proyecto globalmente dicho.

Me siento más identificado con el discurso de relaciones laborales que Marcelo Abdala señalaba que está llevando adelante la izquierda en negociaciones colectivas, diálogo, institucionalidad, etcétera. O me siento más afin al discurso de la izquierda de los derechos humanos, y discuto y peleo contra el discurso económico de repente de la izquierda, sin dejar de sentirme de izquierda.

Por último, este aspecto tiene algo muy importante, porque el discurso político se había rutinizado, estereotipado, aburrido, como parte también de fomentar el tedio democrático y la apatía de la gente a un discurso único repetido durante veinte años con las mismas frases. Y ahora eso se liberalizó. Ahora hay gente que interviene políticamente sin discurso articulado, buscando las palabras y construyendo nuevos sentidos a partir de esas palabras y de esa acción. Todo esto en los procesos de construir una nueva subjetividad, nuevas formas de reconocimiento, nuevos símbolos de la política, le hace mucho bien. Estamos en otro momento político muy diferente al que hemos vivido en estos veinte años de postransición democrática. Y dentro de esto, en Uruguay se empezó a discutir la democracia, que también era la democracia sin adjetivos, tómela o déjela; la calidad democrática, las limitaciones de la democracia, sobre todo el sentido único liberal que se le había dado a la democracia posdictadura.

Esto y otras cosas que se pueden seguir enumerando y agregando hacen a la nueva situación que tiene que ver con la importancia de haber roto el discurso neoliberal como discurso único y el consenso de las elites en torno al mismo.

También hace a una voluntad de la izquierda; porque la izquierda se había desentendido de la lucha por la palabra “política”. Seguíamos en el viejo esquema de la lucha de clases como lucha por el poder encarnado o materializado en el Estado y dejamos de lado que –en buena medida– todos los sistemas de dominación, no sólo en el ámbito mundial sino en la posdictadura, buena parte del sistema de dominación restaurado descansó en la construcción de sentidos, de símbolos, de interpretaciones, de discursos, de legitimidades. La izquierda durante muchos años perdió esa lucha (yo la llamo una derrota incruenta, porque no hubo derramamiento de sangre); hubo pérdida de símbolos que la izquierda dejó de lado y que ahora en ese sentido, en el medio de esta crisis y de estos avances, la izquierda vuelve a recuperar la lucha por viejos símbolos reinterpretados y por los nuevos símbolos o interpretaciones que la realidad tan cambiante y las transformaciones van generando. Eso es muy auspicioso; no sé cómo termina y si en definitiva va a ganar la continuidad y el discurso económico que la izquierda pueda implementar, pero en todo caso desde el punto de vista político y desde el punto de vista cultural es mucho más auspicioso y está bastante más avanzado que en otros planos.

RAÚL PRADA

QUISIERA EMPEZAR PREGUNTÁNDOME ¿qué es ser de izquierda ahora en América Latina? Muchas de nuestras reflexiones tienen mucho que ver quizá con una especie de remembranza y memoria, que no sé si es larga o corta, pero muchas de las cosas que discutimos parecen haber ocurrido antes. Hubo frentes populares, como la Unidad Popular (UP) en Chile, la Unión Democrática y Popular (UDP) en Bolivia, hubo un frente con características populistas como el Getulio Vargas en Brasil, el peronismo, y volvemos a nuevos acontecimientos, acontecimientos que tienen que ver con una emergencia nueva de los movimientos sociales antineoliberales en un contexto de la globalización. No podemos ignorar todo lo que ha ocurrido con la caída de los estados socialistas de la Europa oriental.

Obviamente algo ha cambiado en la concepción de lo que estamos interpretando como izquierda, por lo menos debería haber cambiado la evaluación que tenemos sobre la izquierda. Entonces, esta pregunta, aunque nos hace acordar a viejos dramas, es una pregunta tremendamente significativa. Para ir al punto, me haría la siguiente pregunta de inicio, que contiene un carácter empírico: ¿ser de izquierda es sencillamente tener un membrete de izquierda, recoger las demandas sociales, incorporarlas en reformas, por lo menos en reformas como propuestas políticas, llegar al gobierno y terminar administrando lo mismo que hacen los gobiernos de derecha? Hay un dilema ahí. ¿Qué es ser de izquierda?

Por otra parte, ¿qué es ser de izquierda cuando tenemos movimientos sociales emergentes? Lo que los movimientos sociales definen, en sus propias prácticas, es un cambio de relaciones de poder dentro de las relaciones entre intelectuales y movimientos sociales, entre lo que consideramos partidos de izquierda y movimientos sociales. Allí hay un problema. El tema de la izquierda ha sido replanteado definitivamente desde la perspectiva de los nuevos movimientos sociales. Y estos movimientos sociales lo que están exigiendo no son nuevas vanguardias, no están buscando nuevos iluminados, eso ha cambiado mucho. No podemos responder a esta pregunta si nosotros no tenemos una idea del sujeto social que se está constituyendo ahora, tanto en México, como en Bolivia, Argentina, Uruguay, en toda América Latina.

Hay un tema que tiene que ver fundamentalmente con la relación general entre Estado y sociedad, ¿qué es lo que exige la sociedad desde el punto de vista de la relación entre sociedad y Estado?, ¿qué es lo que exige la sociedad, sobre todo los movimientos sociales, cada uno de ellos con sus propias características, con su composición diferencial, movimientos indígenas en Bolivia fundamentalmente, movimientos del nuevo proletariado –que es un proletaria-

do que no está sindicalizado, que trabaja a destajo, que se lo expulsa por las condiciones de la flexibilización laboral antes de cumplir tres meses, que no están dentro de la central obrera boliviana-, que está siendo explotado por el capital por las condiciones de un capitalismo salvaje. Hay una emergencia de nuevos movimientos, y éstos de alguna manera están gestando un tipo de sociedad y quizá un tipo de gobierno o un tipo de Estado que tiene que ver fundamentalmente con la gestión colectiva, con una gestión social. Esto se ha visto en Bolivia, en México, en Argentina; la discusión en asambleas, la construcción de un intelecto general, autónomo, con fuerte autonomía política, ya no es un intelectual que de alguna manera define un programa, sino que hay una construcción colectiva que está surgiendo desde abajo. Esos son síntomas de una nueva realidad y de un nuevo relacionamiento entre sociedad y Estado y –sobre todo– entre sociedad y partidos políticos y de lo que es ser de izquierda. Estas gestiones sociales están apuntando sobre todo a romper con viejas prácticas y viejas estructuras de poder que los propios izquierdistas han revivido en sus propias prácticas, la relación hombre-mujer, la relación autoritaria, las relaciones de mando desde arriba, no recoger las formas horizontales de discusión, la construcción de consensos. Lo que está ocurriendo es tremendamente importante: ¿qué es ser de izquierda?, ¿es construir un poder o deconstruir el poder del Estado?, ¿es construir un contra-poder?, ¿qué es ser de izquierda ahora?

Es importante replantearnos estos temas, que parecen análogos en nuestros países, aunque obviamente poseen sus diferencias. En Bolivia tenemos un problema parecido, quizá estemos cerca de que se elija un gobierno de izquierda, con un dirigente indígena a la cabeza y con un intelectual como candidato a la vicepresidencia, pero el problema, de alguna manera es reiterativo, se están haciendo alianzas que no terminan siendo la unidad de la izquierda. La izquierda sigue discutiendo los viejos dilemas entre una especie de posición radical y otras posiciones que tienen un carácter más reformista, entre una política real y una especie de utopía. Pero seguimos discutiendo cupularmente (en las cúpulas), las alianzas se terminan haciendo cupularmente y aquella gestión de bases, que fue la gestión de los movimientos sociales durante seis años de lucha, desde la guerra del agua, esto es, desde abril del 2000 hasta mayo y junio del 2005, que ha cambiado y ha modificado el panorama político y la gestión política ya no quiere partidos políticos, quiere instrumentos políticos, quiere que todo se construya desde abajo, ha rebasado a sus propias dirigencias, ha reinventado la política, pero lo más extraño es que –justamente– cuando se detiene el movimiento social y da posibilidades a que la izquierda, los izquierdistas, los partidos de izquierda, empiecen a hablar, en vez de recuperar la gestión social, lo que recuperan son las prácticas autoritarias, las prácticas verticales o la vieja

discusión, una discusión entre una posición radical y una posición reformista. No sé si esas posiciones y esas discusiones son correctas o más bien son ficticias, porque ¿sobre qué referente práctico estamos discutiendo? ¿Sobre las posibilidades que tiene un programa radical o sobre las posibilidades que tiene un programa reformista, o estamos discutiendo sobre la forma como la comunidad, la gestión social, se hace carne en la gente, la acción? Ahí hay un problema. ¿Qué es ser de izquierda ahora? Mucho tiene que ver con este replanteamiento que viene precisamente de los sectores más populares, de las gestiones sociales, de las gestiones colectivas y de las gestiones comunitarias, que están –de alguna manera– diseñando un nuevo mapa político y un nuevo mapa social de los levantamientos sociales con sus propias características. Esto en Bolivia cobra una particular importancia sobre todo por el tema indígena. Obviamente somos un país en el que hay una mayoría indígena, hay quechuas y aymaras, la otra parte importante son los mestizos. Y es importante porque obviamente el tema del Estado se vuelve complicado.

¿De lo que se trata es de mantener el mismo Estado, la misma estructura estatal?, ¿cuál es la relación entre gobierno y Estado?, ¿para qué llega la izquierda al gobierno si no va a transformar nada, si no va a abolir esa forma de dominación que llamamos Estado que, sobre todo en los países que tienen población indígena, los Estados tienen características coloniales? Porque estos Estados en realidad han aparecido con la Conquista, con la Colonia, y reproducen esos viejos mecanismos de dominación colonial. Son Estados que, en su versión populista o reformista, o en su versión de derecha, hacen exactamente lo mismo: transferir nuestros recursos naturales, hacen transferencias de valores. Y por lo tanto unos administran con cara social, y los otros con una cara mucho más autoritaria y represora, pero, sin embargo, están haciendo exactamente lo mismo. Hay un problema ahí con el Estado. ¿Para qué se va a llegar al gobierno si no se va a transformar al Estado? ¿Para qué se va a llegar al gobierno si no se van a suspender los mecanismos de dominación? ¿Qué es ser de izquierda? ¿Una izquierda que reproduce las pautas y las prácticas de la derecha con otras formas? ¿Es un problema de barniz o es un problema de contenido histórico?

Ahí tenemos un problema muy serio, porque –obviamente– cuando entramos a coyunturas electorales todo se vuelve a invertir, todo lo que se hacía desde las bases, todo lo que era gestión de bases, gestión social, lo que era construcción desde abajo, termina invirtiéndose y otra vez volvemos a las viejas prácticas. Hay un gran peligro que obviamente tiene el gobierno del Frente Amplio ahora, que seguramente lo están viviendo con el Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil y es que se llegue al gobierno y se repita la misma historia. ¿Qué hacemos entre el límite que nos impone el reformismo y las condiciones que exige una posición radical? Y esas condi-

ciones obviamente no son verbales, lingüísticas, son condiciones políticas, de fuerza, de posibilidad para transformar algo.

Ese problema no se va a resolver porque no se resuelve abstractamente. Se va a resolver en el campo de fuerzas, pero el verdadero campo de fuerzas, la verdadera construcción de la izquierda no puede estar al margen de la constitución de un sujeto social, de la constitución no solamente de un sujeto social sino del trabajo de masas, del trabajo multitudinario, la izquierda no puede estar al margen precisamente de ese quehacer, de ese fortalecimiento constante en función de estas prácticas de construcción social. Entonces sí se puede responder, no es una pregunta que no tiene respuesta, y esa respuesta no es teórica sino práctica y política.

O sea, ¿qué están haciendo los movimientos sociales, con qué referentes y mapa político de los movimientos sociales nos estamos haciendo esta pregunta? ¿Con qué exigencias, no solamente de carácter mundial sino de carácter concreto, específico, en cada uno de nuestros países podemos responder a estas preguntas? Las respuestas están en las prácticas, esto es, en ese ejercicio práctico de la gente, en esa forma de resistir o de convertir una resistencia en una ofensiva contra las oligarquías, contra las burguesías intermedias y –definitivamente– contra el imperialismo y las transnacionales. Es la forma como de alguna manera sí responde constantemente.

Pero el problema es que muchas veces la intelectualidad de izquierda no logra interpretar estas prácticas, estas modificaciones, desplazamientos de las prácticas, en propuestas políticas. Y volvemos a repetir las viejas discusiones como si no estuviéramos en un nuevo mundo, como si no hubieran cambiado las cosas, como si no estuviéramos en otro escenario. Entonces, quizá el problema de la izquierda precisamente sea la misma izquierda y quisiera plantear estos temas que me parecen de alguna manera analógicos y que podemos compartir. Responder a estos problemas y tratar de darle una fuerza y una perspectiva a la izquierda en América Latina es importante.

El compañero de Uruguay ha hecho una pregunta muy importante: ¿adónde vamos?, ¿adónde estamos yendo? Creo que hay varias alternativas, varias posibilidades, y una de esas es volver a repetir –obviamente en distinto contexto pues la historia nunca se repite–, una vez como tragedia y otra como farsa (comedia). Lo grave sería volver a repetir el mismo drama en otros contextos.

¿Adónde vamos? Creo que sí vamos a aquello que significa básicamente una transformación de la sociedad, una transformación no solamente de la sociedad sino de sus relaciones y de sus estructuras. Es importante plantearse problemas que tienen que ver con la metodología o la política o el problema operativo político, el problema instrumental político. Margarita López Maya, la compañera de Venezuela, ha planteado una cosa que me parece interesante.

Obviamente hay un tema que no es solamente teórico, “sociedad y Estado”, “movimientos sociales y gobierno”, “movimientos sociales e izquierda”, sino movimientos sociales, las luchas sociales, la lucha política y el tema institucional. Ahí está un poco el nudo del problema. Las instituciones ¿qué son? Es el Estado en pequeño.

Pero, en el mapa del detalle, si las instituciones no se transforman no cambia el mapa político, no cambia el mapa de fuerzas aunque cambie el gobierno. La pregunta no solamente sería: “¿para qué se va a llegar al gobierno si no se va a transformar nada?”, sino “¿para qué se va a llegar al gobierno si no se van a trastocar las relaciones y las estructuras institucionales?”. Es muy importante resolver este problema desde la perspectiva, precisamente, de la modificación del mapa institucional, porque allí están cristalizados los mecanismos de dominación. Fundamentalmente se tiene que apuntar a un trastocamiento del mapa institucional, que modifique las instituciones, democratizarlas, someterlas a un control social.

Precisamente, los gobiernos populistas, los gobiernos reformistas, han caído porque no han tomado esa decisión, que en otros países, por ejemplo Cuba, en un determinado momento, ha tomado la decisión de transformar, a pesar de todos los problemas contextuales que vengan después. La decisión de transformar significa someter a ese quehacer constante del control social, y eso implica evidentemente modificar las relaciones institucionales internas y el contexto de las relaciones institucionales. Por ahí van los problemas que tienen que ver con enfrentar los macroproblemas. Los macroproblemas tienen que ver con la dependencia y con nuestra relación entre centro y periferia, con el capitalismo contemporáneo. Ser de izquierda se resuelve en una dialéctica muy complicada entre la guerra de posiciones, que no podemos renunciar por un discurso radical hoy, y una guerra de maniobras que significa precisamente modificar. ¿Cómo encontramos esa articulación que nos permita hacer efectiva una dialéctica entre la guerra de posición y la de maniobras, que no termine siendo discursiva, abstractamente radical?

ANA ESTHER CECEÑA

QUIERO PROBLEMATIZAR EL TEMA DEL ESTADO, la cuestión de si tiene vigencia la lucha dentro del Estado nacional y por la soberanía nacional. Primero es necesario reconocer que el Estado-nación como unidad es algo heterogéneo y no hay una identidad en ese nivel que pueda ser compartida de la misma manera por todos. O sea, dentro del Estado nacional tenemos situaciones y relaciones sumamente contradictorias que nos llevan a plantearnos lo nacional de maneras muy distintas. Por ejemplo, en México hay una concepción de lo que es la nación desde las clases dominantes, desde

las estructuras de gobierno, que no es la que compartimos la mayor parte de los mexicanos. Sin embargo, hay una tradición histórica larguísima en la que el pueblo –no la clase– de México, ha luchado por la nación en contra de las intromisiones de los Estados Unidos que le han robado territorio, en contra de la intervención francesa, etcétera. Esto es, la nación se ha construido como algo que es del pueblo y que el pueblo reconoce porque además lo peleó. Peleó por la expropiación petrolera –por eso hoy la privatización del petróleo es tan difícil– y el petróleo es de la nación, o sea, del pueblo en esa vertiente.

¿Qué es para nosotros entonces defender la soberanía nacional?, ¿cuál es esa soberanía nacional que se defiende?, ¿es la soberanía del Estado, es la soberanía del pueblo, o qué es? Hay que pensarlo no sólo teóricamente, sino que también hay que hacer una recuperación de las prácticas históricas de antes y del presente.

En casi todos los países de América Latina hay luchas que tienen que ver con lo nacional, por ejemplo con la recuperación de los recursos naturales. Aunque sean incipientes y débiles, tenemos en todos los casos, que los pueblos se están articulando transnacionalmente.

Las reivindicaciones de los pueblos –como la de “el agua es un bien público o común”, o la de las selvas y algunas otras– se están planteando en campañas que son mucho más abarcadoras que la nacionalidad y llevan en la práctica a dar un salto que ya está proponiendo una institucionalidad y una concepción distintas de qué es lo del pueblo, qué es lo popular y qué es el mismo pueblo; esto es, “el pueblo” no es el pueblo mexicano más el pueblo boliviano, somos los pueblos originarios o somos los pueblos de esta América.

Entonces, se está trabajando en una dimensión muy distinta a las reivindicaciones propiamente nacionales. Esto nos lleva a cuestionarnos: ¿quién está preocupado por el Estado-nación?, ¿los pueblos?, ¿las burguesías? Y, por cierto, ¿se puede hablar de burguesías nacionales? En todo caso, ¿qué es lo que está trabando esta discusión en las izquierdas? ¿Qué es lo que nos está impidiendo avanzar un poco más y tener miedo de perder algo que en algún momento se conquistó, se pensó como el espacio de lucha y que en este momento es al mismo tiempo un espacio de lucha y un espacio de encierro, o sea, está limitando el carácter y la altura de nuestras reivindicaciones?

A su vez está relacionado con la cuestión de los militares venezolanos. Porque en algunos casos existe una construcción histórica como la señalada anteriormente, donde el pueblo es la nación, sin embargo hay otra construcción histórica donde los ejércitos son la nación, porque pelearon por la nación. Esas cosas en los países andinos ocurren mucho y tienen que ver con esta discusión, hasta dónde sí hasta dónde no, más allá de lo militar y lo civil, pero hasta

dónde realmente estamos en el terreno de lucha que nos corresponde o asumiendo un terreno de lucha que nos ha sido impuesto.

Otra cuestión: ¿será que solucionamos los problemas con “dar de comer a los pobres”? Y agrego el fenómeno de la irrupción de “los pardos” y de la sorpresa que genera porque “aparecen de la nada”. ¿Será que estamos leyendo bien la realidad desde donde hay que leerla? Lo que he estado viendo en todos lados en América Latina es que esas irrupciones tienen larguísimas historias de construcción silenciosa y relativamente invisible que permite que en algún momento puedan ocurrir como hechos evidentes y multitudinarios, que logran compartir códigos y referentes para saber dónde ir o qué hacer sin que haya una organización previa propiamente dicha.

A nosotros en México nos pasó, pero se pueden poner ejemplos de muchos lugares; de repente entra el ejército a Chiapas y toda la gente sabía que tenía que ir al Ángel de la Independencia para reunirse y protestar; nadie se puso de acuerdo, pero de ahí empezó una movilización que llevó a retirar el ejército. En Cochabamba ocurre lo del agua y la gente sabe que tiene que estar en la Plaza Central y ahí está todo el pueblo de Cochabamba en la Plaza Central. ¿De dónde? ¿Cómo? ¿Por qué coincidieron? Tal vez nos sorprende porque no estamos haciendo la lectura de la historia más que desde el lugar del Estado, desde el lugar de los aparatos, de los partidos, de las instituciones reconocidas y sancionadas que –en términos generales–, no son las de la lucha de los pueblos, sino las de los dominadores, para decirlo genéricamente.

En estos contextos surge el apremio del consenso y del programa mínimo, del pragmatismo o inmediatismo ante la abrumadora presencia del capitalismo, y más, del neofascismo de Bush. Es de ahí que las decisiones apresuradas pero que pueden tener una inmediata expresión concreta parecen querer pasar por encima de las decisiones sopesadas o de los consensos bien trabajados y por eso es tan difícil encontrar puntos de acuerdo.

Asimismo, cuando se abordan los problemas del empleo y el desempleo, ¿cree alguien, honestamente, que el capitalismo va a resolver el problema del empleo? ¿Qué nos hace falta para convencernos de que el capitalismo no es la alternativa para los pueblos? ¿Qué nos hace falta para empezar a pensar la lucha hoy, incluso la de la reforma fiscal y todas las demás, en términos anticapitalistas? ¿Basta con el combate al neoliberalismo? ¿De verdad pensamos que es posible crear un capitalismo benefactor? Ya tenemos la necesidad de pasar a este tipo de definiciones, porque sino seguimos dándole vueltas a algo que no parece tener solución. Y mientras los intelectuales y políticos discuten estos temas los pueblos están avanzando por otro camino, el de imaginar y tratar de construir organizaciones sociales no capitalistas.

Los analistas tenemos la obligación de tener una postura crítica, objetiva, que analice lo que es el capitalismo y cuáles son los límites que tiene la lucha dentro del capitalismo. Necesitamos tener claro cuál es nuestro horizonte dentro y más allá del capitalismo. Esto es, lleguemos o no al gobierno, aquellos que estamos luchando para que esta sociedad se transforme tenemos que tener muy claros los límites y las potencialidades. No puede ser que el acceso al gobierno se convierta en un asunto técnico. Mucho menos cuando se llega como producto de un proceso transformador, como alternativa popular.

Estamos viviendo en América Latina lo que algunos pensamos que es un ciclo de movilizaciones. No movilizaciones y procesos aislados e inconexos sino que estamos en un momento de transformaciones trascendentes. Como parte de este proceso en algunos casos, como en Uruguay, se ha llegado al gobierno, en otros casos ni siquiera se plantea la llegada al gobierno, como en México, o una parte lo plantea y otra no; es diferente en el caso de Bolivia, cada subproceso tiene características particulares. Muchas de las tensiones que hay dentro de este macroproceso se deben a que no nos ponemos de acuerdo sobre si realmente tenemos un proyecto de trascender el capitalismo o nos restringimos a horizontes más limitados. Si lo tenemos, eso no significa que hoy vamos a borrar al capitalismo, seguramente nuestros nietos estarán discutiendo las mismas cosas, porque son procesos de muy larga duración, pero la perspectiva con la cual asumimos la lucha y asumimos los gobiernos es distinta si nos aclaramos este punto. Una pregunta es muy pertinente: ¿para qué vamos a llegar al gobierno, para que vamos a hacer una movilización o una lucha?, ¿qué es lo que queremos cambiar o trascender?

El capitalismo no brinda soluciones para los pueblos, las construye para sí mismo. Mientras más exitoso es el capitalismo menos estamos contemplados en ese éxito. Mucha gente dice que el neoliberalismo es un fracaso; no, es un fracaso para nosotros. Pero el neoliberalismo es un éxito total para el capitalismo. Y de eso se trata, además, ésas son las estrategias capitalistas. ¿Será que nosotros no podemos plantearnos nuestras propias estrategias y nuestros propios horizontes? Yo creo que sí, y por eso estamos peleando, más allá de que tengamos diferencias, todos nos hemos planteado construir una sociedad distinta.

El desafío está en cómo construimos esa sociedad distinta: ¿deconstruyendo ésta, pero siendo conscientes de que no la vamos a tirar de un golpe?, ¿de que no se trata de patear el tablero sino de cambiar el juego y sus reglas?

De cómo respondamos a esto también depende de cómo entendemos la lucha. Por ejemplo en el caso venezolano se lanza una política puntual pero vinculándola a un cambio estructural, esen-

cial, capaz de ir perfilando una transformación profunda de la sociedad venezolana y de sus formas de funcionamiento. Esta perspectiva lo que privilegia no es tanto el proyecto específico sino el procedimiento a través del cual se impulsa, se fortalece la organización y la estructura comunitaria como punto central sin importar, en este nivel, si se trata de un proyecto de salud o de educación, lo que importa es fortalecer la capacidad de autoorganización y autonomía de la sociedad. También es el caso de las luchas en Bolivia, es el caso del zapatismo, es de alguna manera también el caso de Argentina, todo con límites y con matices, pero si nosotros pensamos que el capitalismo no nos da, que no es lo nuestro, privilegamos los procedimientos a través de los cuales vamos avanzando y construyendo una sociedad no capitalista. Nuestra visión alternativa no se limita a oponer una política monetaria a otra, o una política social a otra, así estamos jugando con las mismas reglas; lo que queremos es cambiar las reglas, y entonces, a partir de ahí, ir construyendo esto que nosotros pensamos debe ser nuestra sociedad del futuro.

¿Por qué es tan importante entendernos como parte de un ciclo de luchas, o como parte de un proceso mucho más amplio? Porque si pensamos que lo único que está empujando hacia el cambio es nuestro proceso de lucha vamos a sobredimensionar las limitaciones. Pero si nos damos cuenta de que hay muchas cosas que están empujando en el mismo sentido, con las que hay muchos puntos de confluencia y de posibles articulaciones, porque estamos todos frente a esa enorme amenaza que es hoy el poder del capitalismo y de sus fuerzas hegemónicas, la perspectiva es distinta, mucho más promisoría y mucho más realista.

En relación con los nuevos gobiernos, llamados de izquierda, lo que muchos plantean es concederles un tiempo. Pero eso es ceder terreno, dejar los procesos en manos de los técnicos. A mí me parece que no hay que darles tiempo, sino asumirlos como propios. Por ejemplo en Uruguay quien triunfó no fue Tabaré, fue la sociedad movilizadora, participando; entonces es esta sociedad la que tiene que gobernar, no Tabaré y su equipo. Para que ella gobierne tiene que empezar a poner nuevas reglas desde un inicio. Y la pelea que se logre dar será valiosa no solamente para Uruguay sino para América Latina en su conjunto.

Pero aun ahí debemos plantearnos qué nos está impidiendo pensar un horizonte alternativo diferente: en parte el problema es pasar del discurso de la sociedad escindida y plana en la que la sociedad política tiene una dinámica propia desligada de los movimientos sociales al de la sociedad compleja, tal y como es, integrada, abigarrada y con una politicidad no acotada, esto es, deberíamos abandonar de una vez ese positivismo que, tanto en la academia como en la práctica política, nos está impidiendo entendernos a nosotros mismos así como somos. Más que cambiar de discurso tene-

mos que cambiar de base epistemológica; seamos audaces en ese sentido y planteemos nuestra propia epistemología. Si estamos queriendo construir nuestro propio mundo, ¿por qué tiene que ser a imagen y semejanza del mundo de los que ahora nos dominan y que –además– no nos da alternativa, no nos da soluciones a nada?

A su vez la realidad no es sólo la producción, aunque durante mucho tiempo hemos estado acostumbrados a entenderla así, como si el proceso de producción estuviera determinando todo el conjunto. No es cierto, cada vez más la realidad nos está demostrando que la problemática real no es la de lo productivo, sino la de lo reproductivo, incluyendo lo productivo. Estamos mucho más necesitados de encontrar soluciones a nivel macro, universal, completo, que de leer lo productivo y luego tratar de sumar aquello que tiene que ver con todos los otros ámbitos de la vida y que nunca encontramos cómo meterlos en nuestros análisis.

¿Dónde metemos lo cultural? No es otra dimensión que se suma. Lo cultural nace de la producción, nace de la no producción, está en el empleo y en el desempleo, está en la historia también, entonces hay que recuperar, recrear sentidos, no hay que admitir que nos impongan sentidos, o sea, hay que luchar contra el vaciamiento. Me parece también que hay que leer la experiencia de las dictaduras desde esta perspectiva. Preguntarnos cómo pensamos la vida nosotros, no sólo cómo nos pensamos como trabajadores, cómo nos pensamos como seres humanos que a lo mejor algún día podemos dejar de ser trabajadores o pensar en tener un trabajo creativo, autogestionado, decidido por nosotros mismos y no un trabajo impuesto que siempre es una forma de opresión.

Por otro lado, en la fase en la que estamos el capitalismo es territorializado y desterritorializado, porque junto con todas estas tendencias hacia la movilidad de flujos de capitales a nivel mundial, hay una movilidad de presencia, de posiciones, de inversiones, de bases militares y todo lo que acompaña a esto, en todo el territorio mundial.

Entonces es un capitalismo que avanza por lo menos por dos pistas y actualmente está entrando aparentemente en una nueva fase, o recrudesciendo la fase en la que estaba.

Cuando se lanza la estrategia neoliberal del capitalismo, en el mundo, se coloca al mercado como elemento disciplinador de todas las dimensiones de la vida. El mercado no solamente tiene que ver con la producción sino que se introduce como organizador de la reproducción. La reproducción de la vida, la reproducción del pensamiento, la reproducción del conocimiento, etcétera.

Pero el mercado que avanza así, que nos va fracturando, rompe realmente la sociedad y las comunidades que teníamos hasta ese momento; es un mercado que empieza a encontrar mucha resistencia en todos lados.

Y esa resistencia que ha ido creciendo ha empezado a ponerle límites a la implacable presencia del mercado. Ha echado abajo algunas estrategias regionales, como el plan Puebla-Panamá, que no logró cuajar nunca. Este rechazo creciente ha motivado una preocupación de parte del sistema de dominación, concentrado, personificado por el Estado norteamericano, y ha iniciado un desplazamiento hacia el eje militar como elemento o dimensión que se combina con el del mercado.

Por un lado se promueve el libre mercado con todas las implicaciones que tiene, que es más bien un elemento privatizador que un libre mercado; por otro lado se promueve una presencia cada vez más fuerte de cuerpos de seguridad, de elementos represivos, de elementos abiertamente disciplinadores sobre las sociedades, que además hace un diseño del planeta, hace una evaluación del territorio mundial y decide que el continente americano es la plataforma básica, decisiva a través de la cual se tiene que lanzar a la competencia mundial.

¿Por qué el continente completo? En gran medida por los recursos que hay en este continente que lo convierten en una unidad autosuficiente. Pero también porque geográficamente la condición insular que tiene América permite parapetarse y estar protegido frente a las amenazas del exterior. Entonces, con todos estos criterios, Estados Unidos se lanza en una estrategia militarista que acompaña la económica. Colin Powell lo dijo muy bien: necesitamos primero asegurar las vías de comercialización y luego lanzar el comercio por ellas.

Dentro de esta estrategia de militarización y disciplinamiento militarizado hay muchas vertientes. Una de ellas es la instalación de bases militares, de diferentes tipos, como está ocurriendo en Paraguay, que después de negociar la ley antiterrorista y el convenio de inmunidad para las tropas norteamericanas, se produce un despliegue de tropas en todo el territorio paraguayo, se están ampliando pistas de aterrizaje y se está instalando ahí una infraestructura de operación que tiende a controlar la región de todo el Cono Sur. Otra vertiente es la de Colombia, que de epicentro del control militarizado del continente pasó a una dimensión regional, ya que resultó insuficiente para los planes de apropiación que está lanzando Estados Unidos hoy. Y otra, muy distinta, es la de México, con tratados de seguridad multinacionales, que han conculcado la soberanía que tiene el Estado y el pueblo mexicano sobre su territorio, esto que se combina además con la base de Guantánamo en Cuba y la ocupación de Haití perfila una modalidad propia de esa región. En el norte del continente, el eje que está rigiendo es la militarización; en el centro es el Plan Colombia, y en el sur, Paraguay, se ha ubicado ya como el eje de la estrategia militarista de toda la zona del sur.

¿Y Uruguay qué tiene que ver con esto? En realidad Uruguay es un país no muy militarizado, a pesar de que tuvo una dictadura,

pero es un país donde la sociedad está resolviendo sus problemas por otros medios, a través de otros mecanismos. Sin embargo Uruguay es el país de América Latina que más colabora con las políticas hemisféricas de seguridad a través de los cuerpos de paz. Hay una gran cantidad de efectivos uruguayos repartidos por el mundo en muchos lugares, que están cumpliendo funciones de ocupación. Uno de esos países ocupados es Haití, país latinoamericano, donde se ha sometido a la población a un régimen carcelario total, con impunidad legalizada de las tropas de ocupación.

Hay una cantidad de mecanismos que se están echando a andar para lograr la militarización total. No sirve tener el control de un lugar si los otros están indisciplinados y a través de ellos puede movilizarse la población, los movimientos sociales, los supuestos terroristas. Es necesario controlar todas las fronteras, todas las salidas y entonces se realizan una gran cantidad de ejercicios militares en nuestra zona, que mayormente se hacen en el mar, en las costas y que van rodeando todo el continente; en los recorridos y ejercicios de la parte del sur constantemente participa también Uruguay. Una de las tareas más importantes que tienen hoy en día estos ejercicios y patrullajes es la de la incautación. Esto es, instalar una nueva frontera en el mar: que ninguna embarcación pueda pasar sin ser supervisada. ¿Quién las supervisa? Estos cuerpos combinados que hacen los ejercicios conjuntos, y que tienen en el mando a oficiales del ejército y de la armada de Estados Unidos.

Se ha logrado establecer una serie de círculos que controlan el territorio, que controlan los movimientos de población, que también están enfocados hacia el control de la información directa sobre las personas, a través del establecimiento de un sistema de identificación personal, centralizado en un banco de datos, además del control de paso en las fronteras.

Ahora los documentos de identidad en muchos países contienen una foto que identifica el iris y huellas digitales digitalizadas que, al pasar por el escáner en las fronteras, va directamente al banco de información centralizado.

Por tanto es muy importante estar alertando sobre esto porque es evidentemente un impedimento a cualquier intento de construcción de un espacio democrático en cualquier parte de nuestros países; porque además nos recuerda muchísimo la primera fase del Plan Cóndor que consistió en esta articulación, esta provisión de información de todos lados, para ser manejada por todos los ejércitos de la zona sur por lo menos, y a partir de la cual se desató una campaña represiva y el genocidio que no podemos olvidar y no queremos que se repita.

Estamos en un momento de cambios muy fuertes, en los cuales no hay solamente políticas de restricción monetaria de la inflación, de fijación de tasas, sino también hay cantidad de convenios

de los que no nos estamos enterando que se firman en los que nuestros países se están comprometiendo a ser cómplices y copartícipes de esta política.

¿Cuál es la alternativa? Estamos en un mundo de guerra y tenemos que enfrentar la guerra. Nuestras armas no pueden ser las armas de la guerra, tienen que ser otras porque, si no, reproducimos y multiplicamos aquello que se nos está imponiendo desde los espacios de poder.

En aquellos espacios donde hay organización comunitaria, donde se está trabajando en reconstruir tejidos rotos por estas mismas estrategias es ahí donde hay propuestas de inclusión pensando en la construcción de una socialidad distinta, no de inclusión en esta sociedad que no nos admite o que nos admite como excluidos, como susceptibles de ser reprimidos, como sospechosos o como inválidos. Esto es, esa construcción de comunidades que nos devuelven la calidad de seres humanos y nos quita la de sospechosos, ha sido lo que ha permitido también ponerle freno a esta estrategia militarista.

Se han parado algunos ejercicios militares que se iban a realizar. Estamos haciendo investigaciones para conocer bien cuáles son los ejercicios que están previstos, los que se han hecho, con qué propósito, qué objetivos, en qué lugares, etcétera, pero hay muchas cosas que evidentemente no conocemos, porque es información restringida y nos obliga a estar constantemente atentos.

Pero con los datos que tenemos sobre el proceso de militarización, aunque sean incompletos, nos hemos movido para ponerle límites: impedir que se concediera a Estados Unidos la base militar de Alcántara en Brasil fue una lucha muy importante porque permitió que no tuvieran ya el cuadrículado completo del continente. Les falta toda la parte atlántica. Brasil queda fuera todavía del tendido de bases y por eso también la transformación de Paraguay en base militar es estratégica.

Se han impedido ejercicios militares, se ha rechazado la firma de algunos convenios antiterroristas, pero hay que hacer mucho más en este terreno. Donde hemos trabajado colectivamente, lo hemos hecho con organizaciones continentales. Esta estrategia no puede ser detenida desde un solo país, porque es una estrategia continental. Tiene que ser compartida por todos nosotros en todos nuestros países, aunque también peleando cada uno la parte correspondiente en su caso. No obstante, aunque articule luchas nacionales, ésta es una experiencia que demuestra que las dimensiones han cambiado y que detener la militarización, como derrotar el ALCA o desterrar los transgénicos sólo puede hacerse en una lucha continental, cuando no mundial. Los grandes desafíos, hoy, trascienden con mucho la dimensión del Estado-nación.

ANTONIO ELÍAS

Hasta ahora sólo hemos empezado a identificar y analizar los cambios que se han realizado, pero apenas hemos comenzado a discutir los impactos y efectos que ellos están provocando. Es necesario comprender la dinámica de los cambios para poder explicarlos y avanzar en la discusión de una agenda para poder pasar de donde estamos a una situación mejor. Es claro que el interés de este encuentro es identificar cuáles son los caminos y cuáles son las dificultades para avanzar y superar la actual situación. En los temas en que las cosas van bien: profundizarlas y en los temas en que no están tan bien o que, inclusive, están muy mal: cambiarlas.

Se ha utilizado varias veces el concepto de gobiernos en transición, lo cual no creo correcto. La transición implica un cambio significativo de modelo, como en su momento lo fue el socialismo, hacia el cual se transitaba tratando de que ese camino fuera irreversible. Por el contrario, estamos ante gobiernos que responden a otra lógica: la alternancia de partidos. Los gobiernos actuales de Uruguay, Argentina, Brasil y Chile no son ni se definen a sí mismos como gobiernos que están desarrollando un proceso de transición hacia un nuevo tipo de sociedad. Su apuesta es a lograr mejores resultados dentro del capitalismo favoreciendo una mejora en la distribución del ingreso y en la calidad de vida de la población. El caso de Venezuela es muy diferente porque allí sí, en el discurso presidencial y en ciertas políticas del gobierno, se percibe el intento de construir una nueva forma de sociedad: el socialismo del siglo XXI. Más allá de la vaguedad que aún tiene este concepto.

Para analizar la viabilidad de estos modelos que pretenden una economía neoliberal con cierta justicia social, viene muy bien conocer lo que está sucediendo en Uruguay. En mi país el proceso navega bajo la bandera de un “capitalismo en serio” que reafirma la ortodoxia económica apuntando simultáneamente a la reducción de las asimetrías en la relación capital-trabajo. El gobierno del Frente Amplio-Encuentro Progresista-Nueva Mayoría intenta lograr un acuerdo permanente de intereses entre trabajadores y empresarios, pero no parece viable alcanzar, en un país de bajos ingresos como Uruguay, el reconocimiento de los primeros y el respaldo de los segundos.

La disyuntiva que tenía el nuevo gobierno al asumir el 1° de marzo era apostar a ser “ganador relativo” en la competencia por atraer capitales extranjeros aceptando las premisas del modelo dominante, o elegir un camino alternativo e independiente, lo cual implicaría, necesariamente, redefinir los niveles de apertura de nuestra economía y los derechos de propiedad del capital. Se eligió lo primero.

La reiteración de la apuesta a una inserción internacional basada en la apertura indiscriminada y la reafirmación del mercado como principal asignador de recursos, no avanza en la dirección de reducir la vulnerabilidad del país y crea condiciones para un retroceso en los niveles de conciencia de la ciudadanía respecto al pensamiento “único” predominante en lo económico.

El modelo que impulsa la actual conducción económica es conocido; sus fundamentos elementales y sus resultados, históricos y recientes, negativos. Han asumido como premisa que el crecimiento de un país depende de las inversiones, lo cual es indiscutible, aunque habría que conocer el tipo y la calidad de las mismas. Continúan el argumento afirmando que los inversores vendrán al país si se cumplen ciertas condiciones imprescindibles: estabilidad macroeconómica, cumplimiento estricto de las reglas de juego y aval del FMI.

En ese marco las políticas de conservación de los ajustes fiscales realizados por los gobiernos anteriores en los salarios de los funcionarios, los gastos de funcionamiento y las inversiones son fundamentales para garantizar el pago de los intereses de una deuda, que según Astori fue tan “bien negociada y pagada” que nos “distingue” en el mundo. El atraso cambiario, a su vez, potencia esta estrategia en el proceso de transformación de los pesos del superávit fiscal primario a dólares para el pago de las obligaciones de esa deuda. El mantenimiento de las actuales reglas económicas y la agenda de cambios estructurales que impulsan el FMI y el Banco Mundial son, también, parte de la estrategia. A partir del supuesto de que cualquier modificación de las reglas establecidas generará incertidumbre entre los potenciales inversores, se asumen como mandamientos: Cumplirás los contratos; No tocarás las AFAP; Reafirmarás el acuerdo de inversiones recíprocas con Estados Unidos; Asociarás las empresas públicas con capitales extranjeros; Eliminarás los monopolios públicos; Honrarás la deuda; Ejecutarás a los malos pagadores.

Buena parte de las reformas estructurales que impulsa el gobierno, en particular la que refiere al Banco Central, apuntan centralmente a profundizar las modificaciones institucionales de “segunda generación” buscando eliminar la interferencia de la política en la economía.

La agenda de cambios acordada con el FMI así lo demuestra, incluido el exabrupto de afirmar, ante los organismos internacionales, que las reformas estructurales que fueron impulsadas por anteriores gobiernos y rechazadas por la ciudadanía ahora podrán realizarse porque las impulsará un gobierno progresista.

A veces, sin embargo, el cumplimiento estricto de ciertas reglas puede molestar a los potenciales inversores. La propia reforma constitucional sobre el agua queda, entonces, sometida a “interpre-

tación” a pesar de haber sido resuelta en un acto de democracia directa.

La idea fuerza central que ordena la “consistencia y coherencia interna” del equipo económico es tan simple –al igual que cualquier reducción de problemas complejos a una sola variable– que le permite actuar con premura cuando cualquier otro integrante del gobierno se va de “línea”: ¡No se hará nada que pueda afectar la credibilidad del país ante el capital extranjero!

Lo que el gobierno no explica es por qué no vinieron los inversores extranjeros en el período 1990-1998, cuando el país tuvo un fuerte crecimiento del producto, cierta estabilidad macroeconómica y cumplimiento de las reglas de juego. Quizá se asuma como respuesta la que dieron los gobiernos anteriores: no hubo inversiones por la “inestabilidad” legal provocada por el uso de instrumentos de democracia directa por parte –entre otros– de la propia fuerza que hoy gobierna.

También sería conveniente preguntarles por qué entienden que el capital extranjero dará prioridad a algunas seguridades del entorno en que operará la inversión (no está siendo considerado el fortalecimiento del Poder Judicial y del orden público) y dejará de lado los factores de riesgo del propio negocio, en particular el tamaño y evolución de la demanda, el acceso seguro a los mercados externos y la capacidad de los competidores para producir con menores costos.

Si toda inversión es producto de un *trade off* entre rentabilidad y riesgo –en relación con otros usos alternativos del capital–, el atraso cambiario que sufre hoy el país sería un desestímulo muy “estable” a la inversión productiva en bienes y servicios comercializables en el exterior por su incidencia negativa en los costos de producción.

Los instrumentos de política económica que se están utilizando no se corresponden con la construcción de un país productivo con justicia social. Por el contrario, se estaría profundizando el predominio del capital financiero y ampliando los niveles de dependencia con respecto a los países centrales.

Paralelamente a la reafirmación del modelo aperturista neoliberal se produce una reducción de las asimetrías entre el capital y el trabajo. Un eje central de las políticas neoliberales es la flexibilización del mercado laboral buscando un aumento de la tasa de rentabilidad a través de la reducción de los ingresos de los trabajadores con su consecuente efecto negativo sobre la calidad del trabajo. Son notorios los avances realizados por el gobierno progresista en la protección de los derechos de los asalariados en su relación con el capital, lo que podría estar implicando, en este ámbito, el comienzo de un punto de inflexión respecto al neoliberalismo.

Esta nueva política laboral se expresa, entre otros aspectos, en las convocatorias a los Consejos de Salarios, con la ampliación del ámbito a los trabajadores del gobierno central y del sector rural; en las señales emitidas desde el Ministerio de Trabajo respecto al cuestionamiento a los despidos injustificados; en la derogación de un decreto que permitía que la Policía, sin intervención judicial, desalojara empresas ocupadas; en el proyecto de ley de libertades sindicales que prevé la creación de un registro de infractores a la libertad sindical, y establece que las empresas que violen la normativa no podrán ser proveedores del Estado.

Las medidas señaladas se han reflejado en un crecimiento muy importante del número de sindicatos y de trabajadores sindicalizados, a la vez que también se expresan en el aumento de la represión sindical. No es casual que las cámaras empresariales y voceros de los partidos tradicionales, en nombre de una visión restringida de los derechos de propiedad que no reconoce los límites del interés social, rechacen la ley de libertades sindicales y reivindiquen seguir desalojando las empresas ocupadas por la sola voluntad del empresario.

La posibilidad de que esas políticas laborales puedan continuar es muy baja si se continúan aceptando los lineamientos que imponen los acreedores externos.

El gobierno convocó en mayo a trabajadores y empresarios a trabajar en un "Compromiso Nacional", pero existe una profunda contradicción entre la creación de ese espacio de diálogo y las condiciones de participación restringidas para las negociaciones que allí se puedan realizar: el proceso comienza, luego de que se negoció y acordó con el FMI.

Ambos hechos no son independientes: la carta intención fija las pautas de la política fiscal con el objetivo de obtener un superávit primario de magnitud inédita, destinándose un 25% de los ingresos para pagar los intereses de la deuda. Peor aún: el gobierno plantea que de haber mayores ingresos que los previstos se utilizarán para amortizar la deuda. Lo que significa una severa restricción para un proceso de negociación.

El problema central para el gobierno es lograr la cuadratura del círculo: mantener simultáneamente un proceso de profundización del modelo ortodoxo, amigable para la inversión y simultáneamente distanciarse de ese modelo a través de cambios institucionales que fortalezcan al movimiento sindical en la disputa con el capital.

La actual situación augura la agudización de las contradicciones en un horizonte no muy lejano entre los trabajadores organizados y el proyecto económico que se está implementando aceleradamente desde el Ministerio con mayor poder para la búsqueda de sus objetivos: Economía y Finanzas.

Los caminos necesariamente se bifurcan, se están procesando simultáneamente dos líneas de acción que, si continúan su desa-

rollo y se profundizan, entrarán en conflicto y obligarán al gobierno a definirse. Si se continúa la línea de cambios institucionales que se están realizando en el ámbito de las relaciones laborales, debería modificarse la política económica que pone en riesgo la reproducción de la propia legitimidad del partido gobernante.

Entonces, me pregunto, ¿es sostenible en el tiempo un discurso diferente del neoliberal, sin una política económica que le dé sustentabilidad? ¿O vamos a quedarnos en el discurso de que queremos cambiar pero no tenemos posibilidades...?

El discurso puede cambiar la subjetividad pero eso implica tener un discurso económico alternativo, lo que hoy no sucede en Uruguay. Por otra parte, la ortodoxia no puede satisfacer las expectativas que está creando. Entonces hay varios problemas que deberían ser analizados, pero en particular parece relevante discutir, por qué coinciden casi todos los gobiernos progresistas en mantenerse estrictamente dentro de la lógica capitalista: ¿por qué es lo que es?

Cuando se comprueba que nuestros gobiernos no están llevando a cabo “programas alternativos” se hace necesario preguntarnos: ¿cómo se explica? No basta con pararse en la vereda de enfrente, o calificar duramente, es necesario entender las causas profundas de lo que está sucediendo para poder superarlo. Consecuentemente, se hace necesario preguntar también: ¿cómo nos posicionamos ante esa situación?

En la medida que no estamos haciendo solo un análisis de tipo académico, somos parte de la vida de las organizaciones sociales, actuamos, sabemos que no alcanza con hacer diagnósticos y declaraciones; es bastante más complejo; las dificultades y restricciones del proceso general también nos atañen. Es fundamental que incorporemos la riqueza del papel de los actores sociales que están funcionando en los procesos de cambio. ¿En qué medida los movimientos y la sociedad tienen capacidad y fuerza para que esto hubiera sido distinto?

La identificación de los principales actores sociales del cambio es un aspecto fundamental y sin desconocer la importancia de diferentes formas de organización social y, por tanto, de acumulación, tales como las étnicas, culturales, locales y regionales, entendemos que sigue siendo fundamental el papel de los trabajadores organizados. Entonces surgen algunas preguntas: ¿cómo está funcionando en esta etapa el movimiento sindical?, ¿cuál es la problemática que lleva a que en América Latina la existencia de una central sindical autónoma del poder político sea una excepción y no una regla?

Por último, es necesario reafirmar que para llevar adelante una estrategia alternativa de desarrollo es necesario reconocer el fracaso de las políticas centradas en mejorar el sistema de incentivos mediante la apertura, la desregulación y la liberalización de

mercados. Las instituciones creadas por el neoliberalismo no pueden ser adecuadas para un país productivo, con justicia social y profundización democrática.

Si se asume: en primer lugar, que el sistema capitalista se expande y redefine el marco institucional de la economía planetaria eliminando las fronteras nacionales comerciales y financieras para favorecer que las empresas transnacionales se localicen y relocalicen en función de los costos y del tamaño de los mercados; y en segundo lugar, que la capacidad de las naciones para captar ese tipo de inversiones es obviamente muy limitada y es inversamente proporcional a la defensa de la soberanía, entonces es necesario desmontar el andamiaje normativo del neoliberalismo, tanto en lo que tiene que ver con las reglas formales que liquidaron los mecanismos de protección de la economía nacional y redujeron el papel del Estado, como con las normas informales, la cultura y la ideología predominantes en las últimas décadas.

Para encontrar una salida es imprescindible que el Estado asuma un nuevo papel en la dirección del proceso económico, aplicando políticas de protección en todos los ámbitos donde sea necesario al igual que lo hacen los países centrales, buscando una “desconexión relativa” que reduzca la vulnerabilidad. Más aún, entendemos que si no se colocan esclusas, compuertas, fronteras, respecto al mercado capitalista mundial es impensable el desarrollo de un modelo económico diferente al neoliberal. El neoliberalismo no es solamente un proyecto político, es parte esencial de la dinámica de desarrollo del capitalismo.

JUAN CASTILLO

ES IMPORTANTE ESTE ENCUENTRO con participantes de diferentes países de América Latina porque posibilita tener una mirada de conjunto. Muchas veces la dinámica del movimiento sindical, los problemas, las demandas, los conflictos, los reclamos que estamos teniendo, hace que metamos la cabeza demasiado para adentro y no nos permite mirar el conjunto.

Valoro también la posibilidad de criticar, de realizar un análisis de la realidad. Analizar cada uno de los hechos políticos, sociales, económicos nos va a permitir pensar, como conjunto de nuestra clase, cuáles son aquellas cosas que están bien, que van por buen camino y que nosotros tenemos que ayudar a que se profundicen y cuáles son aquellas otras con las que tenemos diferencias, creemos que están equivocadas y entonces actuar para incidir sobre ellas, para que cambien, para que se rectifique el rumbo.

No dudamos de que se viven momentos políticos de cambio en nuestra América. Hay realmente un estado de efervescencia en to-

dos nuestros pueblos, algunos ya están avanzando, están concretando espacios políticos, las fuerzas de izquierda y las progresistas están avanzando, ojalá que –de una vez por todas– comencemos a hablar de que las fuerzas de izquierda vienen avanzando. Hoy en día hay que contentarse con que en el conjunto son fuerzas progresistas, pero al mismo tiempo también nos preocupa para dónde van esos cambios. Y allí es donde queremos señalar algunos elementos.

En primer lugar es obvio que vamos a hacerlo desde nuestro país, Uruguay. Nosotros estamos valorando el cambio político que nuestro pueblo asumió con una mayoría importante el 31 de octubre del 2004, que partir del 1° de marzo de 2005 comenzó a ejecutarse un programa, como el primer mojón de un largo recorrido de un período de acumulación de fuerzas que en nuestro país se fue gestando con la participación activa del movimiento sindical, de la clase obrera, de los trabajadores y que fueron avanzando en procesos de construcción de instrumentos o herramientas unitarias.

Primero fue la unificación del movimiento sindical en una sola central sindical, luego la construcción de la unidad de los partidos políticos de izquierda, pero también de otros instrumentos unitarios de los sectores sociales, la unidad de los estudiantes, la de los cooperativistas, la de los jubilados; nosotros no podemos dejar al margen ese proceso de construcción que durante tres o cuatro décadas fue haciendo el conjunto del pueblo uruguayo. Por tanto, me interesa reivindicar en esta primera parte, que el cambio político y la asunción de la izquierda en Uruguay no es una cuestión solamente de cambio en el poder, ni un tema de comportamiento del electorado solamente, sino que fue un largo período de gestación de conciencia, de ir avanzando con nuestro pueblo para lograr este objetivo.

Por tanto, estamos ante un proyecto político largamente esperado y lo estamos valorando positivamente. No pienso que estemos tocando el cielo con las manos. Trato de no engañarme, esto es un avance y lo valoramos como tal, pero para nosotros continúa todavía ese papel del conjunto de los sectores sociales y de nuestro pueblo organizado en este mismo período de acumulación de fuerzas para profundizar el programa, avanzar y profundizar la democracia que es uno de los objetivos de la etapa en la que estamos. Fundamentalmente esto se explicita en que vamos a apostar a que la fuerza política en el gobierno cumpla con su programa y si es posible empujarlo para que avance aún más allá, porque necesitamos subir un segundo, un tercer, un cuarto escalón.

El objetivo nuestro como trabajadores, como militante sindical y político, es construir el socialismo en Uruguay, sin fotocopias ni modelo, respetando todos los procesos y las experiencias de los pueblos, pero necesitamos, efectivamente, cambiar de raíz esta sociedad. Este proyecto político del gobierno por supuesto que no se propone el socialismo, su programa sigue siendo continuar en el capitalismo y

por lo tanto, sigue habiendo lucha de clases, sigue siendo un problema de correlación de fuerzas, en el cual nosotros tenemos un papel fundamental; los trabajadores, la clase obrera, estamos a nuestra manera, formando parte de discusiones que se vienen dando dentro de las organizaciones sindicales y las organizaciones políticas de izquierda, en las que estamos teniendo que actuar y, además, esperamos incidir favorablemente hacia esa concepción.

Los problemas que estamos detectando en estos cinco primeros meses de gobierno –a pesar de todos los avances políticos, que los valoramos como tales–, tienen que ver con el enorme aparato burocrático del Estado que todavía no ha sido dominado por los compañeros de la fuerza política de izquierda que están en cargos de gobierno. En algunos lugares hay tropiezos concretos.

También los trabajadores a cada rato nos encontramos con discusiones, con debates, con enojos entre nosotros, pero que nos demuestran también aquello que tantas veces discutimos dentro del movimiento sindical uruguayo y del movimiento sindical internacional, del significado, en toda su extensión, de la independencia de clase. Pues ahora lo tenemos como un desafío para ponerlo en práctica. Esta independencia de clase que tanto defendemos el conjunto del movimiento sindical uruguayo –hoy por lo menos– se plasma en una cuestión bien elemental, pero que tenemos que poner en ejercicio a cada rato, que es: una cosa es el gobierno y otra muy distinta el movimiento sindical y el rol de las demás organizaciones sociales.

Esto a veces nos lleva a la confusión porque hoy están ocupando cargos en el gobierno compañeros de militancia de toda una vida, compañeros que han luchado y siguen luchando al lado nuestro en instancias orgánicas, algunos incluso pertenecían a nuestro movimiento sindical. Pero una vez que tomaron la resolución política o que la fuerza política les dio esa responsabilidad objetivamente tienen que cumplir el rol de gobernar para todo el país y nosotros tenemos que seguir velando por la defensa de los intereses de nuestra clase, siendo lo más objetivos posible, porque después –buscando el preciosismo– me ha pasado de encontrar compañeros que quieren ser tan objetivos que ponen una pata en cada lado, y ser objetivo, en esta valoración que estoy haciendo, supone que los intereses de los trabajadores, los intereses de la clase obrera, nos tiene que llevar al debate, a la discusión, a períodos de negociación, pero nunca renegar de la capacidad de movilización de la clase obrera por sus intereses, por sus demandas, por sus objetivos. Nosotros podemos tener desviaciones, de irnos a los extremos, es más, ya muchas veces en este corto período de tiempo nos ha pasado. Hay compañeros que por tan frenteamplistas, por tan izquierdistas y tan entusiasmados con este proyecto político se paran en un extremo diciendo: “no, no hagas nada contra este gobierno porque es nuestro gobierno y hay que dejarlo quieto, tranquilo”, y al mismo tiempo en otro extre-

mo, hay compañeros que se paran en la otra punta: “a mí me importa un comino quién sea este gobierno, vamos a ir a prender fuego a la esquina”. Ambas posiciones son equivocadas, las dos son reformistas, en ambos casos tenemos que ayudar, contribuir con debates de este tipo y otros debates que nos damos en el movimiento sindical, para saber cuál es el camino más objetivo que nosotros tenemos que transitar en este momento.

El segundo aspecto que no estamos analizando, es el peso de la burguesía en nuestro país, incluso, para identificarlo mejor, el peso que tiene la clase media en este gobierno de izquierda, y en la izquierda en su conjunto, en Uruguay, es más importante, que el peso de la clase obrera en esta estructura orgánica del movimiento de izquierda. También podríamos hacer una caricatura, como lo comentamos entre nosotros lo quiero hacer público, este parece ser “un gobierno de los grados 5”, un gobierno donde están los mejores de la Cátedra de cada lugar, los mejores médicos, los mejores arquitectos, los mejores ingenieros, prácticamente ese es el canal de entrada para ocupar un cargo de gobierno o para tener un peso relativo dentro de nuestra izquierda.

Uno podría contentarse con hacer una crítica de este tipo o en todo caso autocriticarse, hacernos una autocrítica profunda y plantearnos cómo nosotros logramos recuperar espacios para el movimiento sindical, para la clase obrera y para el conjunto de las organizaciones sociales más representativas de nuestro pueblo, para tener capacidad de incidir en las estructuras políticas. Me quedo con esta segunda postura, con lo que son mandatos para mí, lo que son los deberes, lo que tenemos que hacer.

El tercer aspecto es hacia dónde va el gobierno de nuestro país. Hacia dónde la izquierda uruguaya va en su conjunto, el papel que le estábamos demandando en primera instancia tiene que ver con esta incidencia y el rol de la clase obrera y de los trabajadores; no es porque nos pongamos primero que todos, pero sigue siendo una verdad cada vez más grande aquello de que la clase obrera es la única que no tiene nada para perder y que tiene todo para ganar. Por tanto, se trata de cómo nosotros podemos analizar la realidad concreta para actuar e incidir sobre ella y transformarla, cambiarla efectivamente, uno de los desafíos que hoy está enclavado en Uruguay.

¿Cuáles son los problemas que nos hemos encontrado en esta instancia en Uruguay en su conjunto, no solamente el gobierno, sino el gobierno y los uruguayos, incluido el movimiento sindical?, ¿qué significa Uruguay en el contexto americano y en el contexto mundial? Uruguay es muy grande para nosotros, para nuestros corazonas, pero Uruguay es realmente pequeño no solamente por su tamaño geográfico, sino porque pesa muy poco económicamente. No tenemos ni producción ni economía de escala, por tanto, no tenemos las mismas posibilidades de desarrollo que tienen los demás

países de nuestra América. Esta es una realidad con la que continuamente nos estamos chocando. Es muy difícil que podamos transformar algo si no es en el marco de un concierto regional, un concierto de integración que todavía está muy verde.

Por más que hayan discursos de procesos de integración, como el Mercosur en la región o como un proyecto más grande de América integrada, como viene promoviendo mucho Venezuela, particularmente el compañero Chávez, lo cierto es que todavía los intereses particulares de cada país, a partir de las demandas de las burguesías criollas, sigue pesando más en el concierto internacional que cualquier otro proyecto de integración. Es más, diez o doce años de proyecto de integración del Mercosur han hecho muchas menos cosas que lo que ha hecho Venezuela en una semana en Uruguay, que nos ha otorgado el mayor ingreso de oxígeno para este período de tiempo, por más que acá se siga hablando de las inversiones, el único proyecto que se concretó y del que se puede hablar es del acuerdo de petróleo, el acuerdo de complementación productiva que se ha logrado con Venezuela, que debería ser ésa una de las vetas a profundizar.

Cuando afirmamos que debe ser una de las vetas, no escondemos que el proyecto bolivariano que encabeza Chávez en Venezuela, que construye su pueblo en la patria de Bolívar, todavía genera mucha discusión interna en nuestro país en la propia izquierda; hay compañeros, que no dudo en calificar que pertenecen a nuestra izquierda, que quieren construir el socialismo, que tienen sus reparos con el proyecto de Venezuela y esto es algo que nosotros tenemos que seguir discutiendo. Tan dependientes en lo económico somos que estamos demasiado condicionados al FMI, al Banco Mundial y al BID.

Finalmente, quiero plantear un tema que me tiene muy preocupado, que quisiera debatir con mayor profundidad, con más compañeros en nuestro país, no importa si están ubicados en el gobierno, en la fuerza política de izquierda o dentro del movimiento sindical, eso sí, que el debate no sea compartimentado sino que sea un debate que nos integre. Uruguay está viviendo cambios políticos profundos, eso no lo duda nadie en nuestro país, cambios políticos para los trabajadores, como por ejemplo que hoy seamos considerados ciudadanos de primera categoría y no como ciudadanos de descarte, que hoy tengamos derecho a la negociación colectiva, que tengamos Consejos de Salarios para discutir las cuestiones salariales, que se esté debatiendo una ley de libertad sindical, que no nos repriman por ser militantes o dirigentes sindicales, hay avances en materia de derechos humanos que es una herida abierta y sangrante desde hace muchas décadas en nuestro país. Esos son cambios políticos indudablemente y la sociedad lo ve. Hasta a la situación de emergencia que dejó las políticas anteriores en nuestro país que condenaron al

hambre, a la miseria, a la marginación, a la exclusión a cientos de miles de uruguayos hoy este gobierno le colocó un Ministerio y un Plan de Emergencia para atender solidariamente esa situación. Todo esto habla de avances y de cambios políticos, no lo dudo. Pero si uno se detiene a mirar la política económica de nuestro país, la gente tampoco duda, ve y percibe una continuidad en el mismo sentido que el proyecto económico anterior y ahí está la preocupación esencial que tengo sobre este proyecto. Si no logramos debatir e incidir en esa concepción económica de este gobierno político de izquierda que está dando los primeros pasos, me temo que vamos a tener muchas dificultades por delante.

ÁLVARO RICO

INTENTARÉ HACER UN RESUMEN de lo discutido hasta ahora, fundamentalmente de los aspectos más políticos de los temas tratados: la identificación y análisis de los cambios en América Latina. Los cambios en términos generales que se han procesado, y al mismo tiempo los problemas, las dificultades o las restricciones con respecto a esos cambios.

Hubo un énfasis importante en resaltar los cambios que se han producido en el desarrollo del capitalismo, fundamentalmente a partir de los años setenta y cómo ellos influyen en el desarrollo de América Latina. Sobre todo, en primer lugar, la desestructuración de muchas de las construcciones políticas, sociales y culturales edificadas en torno al desarrollo keynesiano del Estado. Se analizó la incidencia y los efectos de esta nueva realidad sobre los llamados sujetos tradicionales del cambio que están vinculados, por supuesto, también a la estructuración tradicional del mundo del trabajo y que en estos últimos años se ha desestructurado.

Un segundo cambio importante registrado en algunas de las ponencias presentadas tiene que ver con el cambio en la retórica o el discurso neoliberal. Esto se ha señalado como uno de los cambios más significativos. En todo caso porque ese discurso neoliberal no es sólo un discurso sobre la economía, sino que también es un discurso que logró, por lo menos durante casi veinte años, capturar el sentido de lo que es políticamente correcto hacer o decir en democracia, proporcionando ese mismo discurso legitimidad a las decisiones y a los actores políticos que durante estos últimos años tomaban esas decisiones.

El quiebre del discurso neoliberal tiene que ver con el rechazo mayoritario de la gente y de los electorados a los efectos perversos de la aplicación de ese modelo.

Un tercer cambio señalado –no los estoy priorizando, simplemente los estoy ordenando–, son los cambios en el sistema político

propriadamente dicho, los que se relacionan con el debilitamiento del Estado-nación dentro de un proceso de transición hacia una sociedad global. Y en segundo lugar, se relacionan, y más específicamente en América Latina, con el desmoronamiento del sistema político tradicional y del sistema de partidos en particular.

Es el caso de Venezuela: el proceso recorre desde los años cincuenta hasta la crisis de los años ochenta. Es el caso de México: donde se da la ruptura del monopolio del PRI, pero hacia la derecha, aunque igualmente esta ruptura del monopolio abre una etapa de alternancia en los gobiernos con otros partidos políticos.

En el caso uruguayo los cambios en el sistema político parecen estar más vinculados a los procesos de acumulación de fuerza de la izquierda y a la expresión electoral del año 2004 de ese proceso de acumulación.

La crisis del sistema político y de los partidos tradicionales es un argumento que está en la base de dos fenómenos vinculados a esto: la emergencia de nuevos liderazgos políticos, caso Chávez en Venezuela o la emergencia de los llamados nuevos movimientos sociales en el caso de México y Bolivia.

Otro de los cambios señalados, importante desde el punto de vista político y también vinculado al cambio anterior del sistema, es el recambio en las elites dirigentes fundamentalmente en el caso venezolano. Este dato está señalado con un marcado énfasis. La ruptura, en el caso venezolano, de los vínculos clientelísticos tradicionales con los empresarios, cambio que a su vez marca los distintos enfrentamientos que desde el año 2000 hasta la huelga petrolera más reciente han caracterizado el escenario político de ese país. El desplazamiento de las elites –afirmó uno de los panelistas–, es el dato más importante del cambio político y es lo que en cierta medida permite hablar de revolución en el proceso venezolano. Ha emergido una nueva clase política integrada por militares, sectores populares y otros sectores sociales que en el modelo anterior no tenían acceso al poder.

En el caso de Cuba también se plantea de alguna manera este recambio de las elites, sobre todo vinculado al recambio generacional en los liderazgos políticos teniendo en cuenta, entre otras razones, que el 70% de los cubanos no había nacido cuando el Asalto al Cuartel Moncada. En Uruguay también se produce un recambio de las elites dirigentes tradicionales, accediendo por primera vez un elenco político de izquierda al gobierno, luego de 170 años de gobierno de los partidos tradicionales.

No obstante puede decirse que al mismo tiempo de verificarse estos cambios, se ha insistido en el tema de las continuidades en los procesos políticos actualmente en América Latina. Si bien han existido cambios, son menos de los esperados; se hace énfasis en la continuidad de las políticas económicas neoliberales por los nuevos

gobiernos muchas veces, o en la mayoría de los casos, definidos como gobiernos de izquierda.

En Argentina, el gobierno de Kirchner se caracteriza por una crítica muy fuerte al neoliberalismo y gestos simbólicos importantes, pero los efectos prácticos, para cambiar el modelo neoliberal en la economía son escasos. En Brasil, el proyecto Lula terminó acentuando las tendencias neoliberales que tienen una implantación gradual y tardía en el país. Inclusive incorporando a este proyecto a sectores de la burguesía media y reduciendo la capacidad de movilización del movimiento obrero y popular. En Chile encontramos la continuidad del modelo neoliberal, bajo un gobierno de fuerzas progresistas, el gobierno de la concertación. En Venezuela, si bien, hay un importante cambio de la elite dirigente hay una continuidad del modelo de desarrollo basado en los excedentes generados por el petróleo.

Entonces, cómo caracterizar –otro de los temas abordados en el debate– el nuevo momento en América Latina.

Frente a este tema, hay una reivindicación en las distintas intervenciones, de la heterogeneidad de situaciones y experiencias latinoamericanas, de Cuba a Uruguay, pasando por Venezuela o Brasil u otros países.

La pregunta que se planteó en torno a este tema, es si estamos potencialmente ante cambios profundos, o ante una mera alternancia de las elites de los gobiernos de los distintos países, y la respuesta a esta pregunta, ha generado también discrepancias en función de las diferentes situaciones.

Uruguay por ejemplo, parecería estar ante una nueva situación social y política que es la negación crítica de la historia del país con 170 años de gobierno de los partidos tradicionales. Esta situación tiene una gran potencialidad transformadora. Expresado de otra manera, respondiendo a la pregunta planteada, no se trata sólo de un cambio del electorado, sino de un largo proceso de acumulación de fuerza y toma de conciencia. De allí la necesidad de seguir profundizando el programa y la democracia.

En Argentina, a partir de la crisis del año 2001 se estaría ante una crisis de hegemonía y representación política, donde el viejo sistema de partidos no puede reciclarse, donde se produce una ruptura del patrón social básico y desde el punto de vista económico, la crisis de la convertibilidad. Esta situación coincide también con la inexistencia de sectores conscientes dentro del movimiento popular, capaces de transformar la movilización ante la crisis en una nueva institucionalidad.

En lo referente a caracterizar el nuevo momento en América Latina, en diferentes ponencias –sobre todo en una de ellas, de Claudio Lozano–, se insistió mucho en el concepto de que estamos en un momento de transición. Este concepto trata de definir la nue-

va etapa política en su conjunto en América Latina, y no tanto caracterizar las gestiones concretas por los diferentes países con sus múltiples diferencias. En este proceso de transición el punto medular estaría en cómo potenciamos y generamos una nueva institucionalidad, en la medida que la vieja institucionalidad no es suficiente para un proyecto de cambios.

Otro tema de los abordados fue el tema de los movimientos sociales y los nuevos sujetos. Hubo una pregunta que de alguna manera permite ordenar las diferentes respuestas por país que se han dado: ¿los nuevos sujetos, se construyen o ya están ahí, en la realidad actual de nuestro continente?

Se afirmó por ejemplo que históricamente los grandes actores sociales y fenómenos políticos de masas en América Latina surgen como producto del desarrollo de la estructura productiva y no del pensamiento sociológico.

En Argentina, por ejemplo, el fenómeno de las capas medias y la Unión Cívica Radical estuvo vinculada a un momento del desarrollo del capitalismo argentino, como estuvo vinculado en otro momento la emergencia de la clase obrera y el fenómeno del peronismo. Como a otro momento más reciente el fenómeno de los piqueteros y el modelo económico de desarrollo neoliberal.

O el caso de Evo Morales y la economía cocalera, o el caso del Movimiento de los Sin Tierra y la economía agraria en Brasil.

Entonces ¿cuáles son los actores reales hoy día? Aquí varían las respuestas de los sujetos según los países.

Por ejemplo en el caso de Bolivia se señala que las prácticas de izquierda no pueden estar al margen de la construcción de un nuevo sujeto de cambio. La respuesta está en las nuevas prácticas de la izquierda que hay que trasladar a nuevas formas políticas y de institucionalización.

En Bolivia, particularmente, los nuevos movimientos sociales tienden a romper las viejas estructuras de poder que la propia izquierda ha reproducido a través de sus prácticas.

Por otro lado, un estudio sobre la conflictividad de CLACSO desarrollado en 19 países, demuestra el papel de los sectores sociales tradicionales, en particular en el marco de la conflictividad, el papel de los sectores de los trabajadores sindicalizados, profesores, maestros, funcionarios públicos. En el caso uruguayo parecería haber una menor incidencia de los nuevos sujetos y la insistencia en la propuesta de refundar los viejos sujetos, en particular la clase obrera sindicalizada.

Un punto interesante de los nuevos movimientos y nuevos sujetos sociales en América Latina es la afirmación de que estos nuevos movimientos tienden a reemplazar el papel que cumplían los partidos políticos en crisis.

Pero la discusión es además, si tenemos nuevos sujetos, ¿qué estrategias de poder tienen para transformar la sociedad? Y una de las intervenciones que me pareció interesante, remarcó el tema de las estrategias extra-institucionales. Porque en buena medida, esa estrategia de la calle, de la movilización, de lo popular, fue la que derribó por ejemplo a Sánchez de Lozada, a Fujimori o a De la Rúa. Aunque también es cierto que estos movimientos no han podido ir más allá, y no han logrado, después de desalojar del poder a esos ocupantes deslegitimados, cuajar en proyectos institucionales sustentables.

Junto a este tema de los movimientos sociales, nuevos sujetos, se insistió mucho en el tema de la movilización. Uno de los rasgos fundamentales a mantener en este proceso de cambios en América Latina es el tema de la participación, la movilización y la autonomía de los movimientos sociales, viejos o nuevos respecto a los gobiernos definidos como de izquierda.

En algunas de las ponencias, se resaltó la dinámica movilizadora de los sectores populares del gobierno de Chávez, la que estaría vinculada a las políticas sociales aplicadas, en la medida que para acceder a los distintos beneficios de la reforma social la gente tiene que organizarse, crear su comunidad, realizar sus asambleas, etcétera.

En contrapartida, en otros casos, los gobiernos desarrollan un proceso de cooptación de dirigentes de movimientos sociales e intentan que esas organizaciones pierdan autonomía, y se incorporen a sus estrategias de acumulación de fuerzas y no a impulsar procesos de cambios reales.

También, estuvo muy presente en algunas de las intervenciones el tema del factor militar en América Latina, y cómo este factor militar debe reincorporarse a las agendas de la izquierda.

En Venezuela en cierta medida este factor militar muestra la incapacidad del sector civil para dar respuestas a la crisis de manera positiva. Pero también muestra, y creo que resulta interesante, el quiebre de la vieja institucionalidad, que ha sido en cierto modo suplantada, al menos en algunas funciones, por el papel de las fuerzas armadas ante la incapacidad del Estado para resolver, por ejemplo, campañas de vacunación masiva, intervención en emergencia social, distribución de alimentos, etcétera.

El factor militar se vinculó a la militarización de la política. A través de fenómenos como el narcotráfico y otros, se incorpora el ejército –el caso de México es muy ilustrativo– a la política, militarizan las ciudades, se crean fuerzas multinacionales para vigilar la frontera y controlar los fenómenos migratorios. También se puso énfasis en la descripción de esta situación, en el caso de Paraguay.

Otro aspecto importante es la contraposición del reformismo-radicalismo. Entre la moderación de Lula y la radicalidad de Chávez

¿cómo avanzamos?, ¿la estrategia de radicalización dará más resultado que las políticas reformistas de los años noventa?

Hay una coincidencia, casi total, en que no hay salidas dentro de la conservación del modelo capitalista. El capitalismo con rostro humano, que fue un poco la propuesta ideológica o discursiva cuando la caída del muro de Berlín no prosperó en América Latina, y los resultados negativos en varios indicadores del proyecto neoliberal así lo ilustran.

Esto implica pensar nuevamente la dialéctica entre revolución y contrarrevolución, reforma y contrarreforma. Replantearse el camino de las reformas, en la medida que cualquier intento de reformas origina tentativas contrarrevolucionarias. Y esto implica una estrategia de reformas concretas, en la educación, en la salud, en la gestión del Estado, a plantear. Si no los movimientos de cambio no son creíbles.

De la discusión surge un conjunto de temas, cuyo análisis aportará a la elaboración de discursos alternativos, así como para formar las bases políticas y sociales de esa agenda de cambios:

Las preocupaciones por una democracia sustantiva, entendida como democracia participativa; o más en general la de democratizar todos los ámbitos de la sociedad y de la propiedad. Se resaltó que existen otras formas diferentes a la propiedad privada, como la propiedad colectiva, la propiedad comunitaria y que estas otras formas de propiedad también tienen implícitas sus formas organizativas específicas. Comités urbanos de tierra, comités indígenas, y otros. La búsqueda y promoción de formas de autogestión que permitan mantener espacios sociales por sí mismos o autosustentables.

La necesidad de cambiar la correlación de fuerzas en la sociedad. Disputar la sociedad más que el gobierno, o influir en los gobiernos desde fuera. La premisa para ello, y vuelvo a insistir, es la autonomía del movimiento social y popular, no quedar aislado pero tampoco cooptado en los parámetros del modelo.

En este contexto de militarización de la política que se señaló, la necesidad de una postura de izquierda ante los convenios antiterroristas, no avanzar más en los compromisos supranacionales que limitan las políticas propias, impulsar las políticas de desmilitarización. Se señaló también como tema concreto la defensa de los recursos naturales en los distintos países del continente.

Se jerarquizó, también, la lucha contra la impunidad, no solamente la heredada de los gobiernos dictatoriales sino la impunidad generada en el ejercicio de distintos gobiernos democráticos electos y gobernantes que han sido destituidos por corrupción.

Se marcó la necesidad de pensar lo institucional y lo legal, en la medida que se ha producido en los distintos países del continente regresiones institucionales importantes como efecto del modelo

neoliberal. Por consiguiente un proyecto alternativo debe considerar fuertemente los aspectos constitucionales y la juridicidad.

Por último, la reforma política, ante las dificultades u omisiones en el funcionamiento del Poder Judicial y los Parlamentos, en algunos países, la necesidad de aprobar leyes electorales –el caso chileno es el más significativo– que refuercen los mecanismos democráticos y representativos.